

Edición

87

Abril 2025

Directo Bogotá

Pontificia Universidad Javeriana

Facultad de Comunicación y Lenguaje

Distribución Gratuita

Especial:

Una edición elemental



Fotoensayo

**Frailejones (*Espeletia uribei*)
en el páramo de Chingaza.**

Foto: Sophie Marie Claire Echappé Palomino
so_echappe@javeriana.edu.co
@marieclairechappe



Edición

87

Abril 2025

Directo Bogotá

Revista escrita por los estudiantes de la
carrera de Comunicación Social

Fundada en 2002

Director

Julian Isaza Niño

Asistente editorial

Luna Manuela Badrán Rodríguez y Elena Bermúdez Rivera

Reporteros en esta edición

Julían Sánchez Cardozo, Manuela Cabezas Gómez, Karol Daniella Clavijo Tapias, Saray Juliana Ortega Mendoza, Luna Manuela Badrán Rodríguez, Mariana Castillo Uribe, Paula Sofía Rodríguez Bolívar, Elena Bermúdez Rivera, Carol Barbosa Leal, Alejandro Ballén Lobo, Sophie Marie Claire Echappé Palomino, Ana Valentina Garavito Velandia.

Portada y contraportada

Luna Manuela Badrán Rodríguez
badranlmanuela@javeriana.edu.co
Marta Isabel Ramírez
@martai.ramirezsilva

Fotoensayo

Sophie Marie Claire Echappé Palomino
so_echappe@javeriana.edu.co
@marieclaireechappe

Caricatura

Luna Manuela Badrán Rodríguez
badranlmanuela@javeriana.edu.co

Diseño y diagramación

Lida R. Chaparro
lidaroco@gmail.com

Corrección de estilo

Gustavo Patiño Díaz
correctordeestilo@gmail.com

Decano de la Facultad de Comunicación y Lenguaje

Juan Ramos Martín

Director de la Carrera de Comunicación Social

Carlos Eduardo Cortés Sánchez

Director del Departamento de Comunicación

Simón Calle Alzate

Informes y distribución

Transversal 4 # 42-00, piso 6
Teléfono: (601) 320 8320, ext. 4587
Escribanos a: directobogota@javeriana.edu.co

Consulte nuestro archivo digital en la página:
www.issuu.com/directobogota

Visite nuestra plataforma digital: www.directobogota.com

FACULTAD DE
Comunicación
y Lenguaje



Una edición elemental

02 | Editorial

03 | Instinto en llamas

08 | Nadando a través del dolor

14 | La apuesta del Jardín Botánico
por la agricultura urbana

19 | Voces de una tierra llamada Catatumbo

25 | Desde la humildad de la arcilla

30 | Entre aire y fuego

34 | La promesa de Juliana Ríos

39 | La fluidez del cristal

44 | Las migrantes de América

49 | Mechas, polas y barro

52 | Ser del páramo

60 | Historia agónica de un río

64 | Caricatura

ELEMENTAL

Julian Isaza
Director

Desde la Antigüedad, los elementos —tierra, agua, fuego y aire— son considerados la esencia del mundo material, la naturaleza misma. Los griegos ya los mencionaban, se fascinaban con ellos y los ponían en el centro desde la misma raíz de su mitología.

Filósofos como Tales de Mileto, Anaxímenes, Heráclito y Jenófanes, aseguraron que el agua, el aire, el fuego y la tierra, respectivamente, eran el principio de todas las cosas. Sin embargo, fue Empédocles quien, cuatro siglos antes de Cristo, dijo que “hay cuatro elementos, fuego, agua, tierra y aire. La amistad los une y el odio los separa”.

Aunque hoy la ciencia ofrece explicaciones mucho más complejas sobre la naturaleza de la materia, aun los elementos siguen siendo centrales en nuestra manera de entender el mundo. De algún modo, esa noción pervive en las culturas, pero también en la vida cotidiana. Seguimos pensando en el aire, el fuego, la tierra y el agua como los elementos que interactúan en lo vivo y lo inerte.

Incluso nos relacionamos con ellos a un nivel espiritual, pues desde lo místico las fuerzas elementales aún son protagonistas de una infinitud de creencias. Pero también desde

el día a día cada elemento es esencial para nuestras vidas. Somos fuego, somos tierra, somos aire y somos agua.

Por eso quisimos dedicar estas páginas a ellos. Quisimos repensarlos y redescubrirlos en las historias que componen nuestra realidad y que, por supuesto, desarrollamos en nuestro contenido. Historias que narran, por ejemplo, la lucha de un bombero contra el fuego; cómo crea una artista que usa el viento y las llamas; cómo añoran su hogar aquellos que tuvieron que huir y dejar su tierra; cómo viven los campesinos del mayor páramo de Colombia y del mundo, que es, a su vez, una importantísima fábrica de agua.

En esta edición les preparamos una serie de entrevistas, crónicas, perfiles y reportajes que no solo cuentan cómo nos relacionamos con los elementos, sino que también inspiran, reconectan con la naturaleza y exploran los conflictos que surgen en nuestra relación con ella.

Así, pues, los invitamos a una lectura con la que queremos recordar que los elementos siguen moldeando nuestras vidas y siendo una fuente de creación y, a veces, de destrucción. Una lectura que también es un viaje que celebra la esencia de la vida.



Instinto en llamas

Entre incendios, rescates y largas jornadas de servicio, el sargento Javier Claros se ha dedicado al Cuerpo Oficial de Bomberos de Bogotá desde hace 24 años. Su historia es la de un hombre que encontró en esta labor un propósito y un hogar, enfrentando cada emergencia como una carrera contra el destino. Ser bombero es desafiar el miedo, salvar vidas y, en definitiva, vivir con el instinto en fuego.

Texto: Julián Sánchez
sanchez.jf@javeriana.edu.co

Fotos: Julián Sánchez y cortesía
del sargento Javier Claros

Cuando el fuego marca el destino

Javier Claros Lozada no es de Bogotá, pero esta ciudad lo convirtió en bombero. Nació hace 48 años en Puerto Rico, Caquetá, un pueblo que muchos recuerdan por haber sido parte de la zona de

distensión durante los diálogos de paz entre el Gobierno de Pastrana y las FARC. Su madre, viuda y con cuatro hijos a cargo, decidió buscar una vida mejor en la capital.

El primer acercamiento de Javier a esta profesión fue más bien accidental.

“Yo no conocía nada de bomberos. No tenía familiares ni amigos en la institución. Lo máximo que sabía de ellos era por un curso de bomberitos que hice en el colegio, pero ni siquiera fue porque yo quisiera entrar. Fue porque incendié mi habitación”, recuerda Javier.

A los 11 años, jugando con una veladora en su casa provocó un fogonazo que le chamuscó el cabello, las cejas y dejó su cuarto en ruinas. En lugar de reprenderlo, su madre —quien traba-

jaba vendiendo chorizos cerca de la estación de Chapinero— decidió inscribirlo en el programa ‘Bomberitos’, una iniciativa del Cuerpo Oficial de Bomberos de Bogotá para enseñar a los niños sobre prevención de incendios y manejo de riesgos.

“Mi mamá era un excelente ser humano. En lugar de regañarme, me metió al curso para que aprendiera”, afirma.

Aunque ese primer acercamiento quedó en su memoria, la vida lo llevó por otros rumbos: pasó por el servicio militar, trabajó como mensajero y, tras meses de búsqueda, su madre vio la convocatoria para el ingreso al curso de bomberos. Entonces, con un poco de incertidumbre, Javier envió la hoja de vida que lo llevó a encontrar su camino.

Cuando la adrenalina supera al miedo

En diciembre del 2000 se graduó como bombero oficial. Sin embargo, seguía sin sentir una verdadera conexión con el oficio: “Hasta ahí no me había enamorado de la entidad. No me había enamorado de la profesión, pero eso cambió cuando salí a mi primer incendio”, recuerda.

La imagen es clara: una máquina de bomberos va rugiendo a toda velocidad por las calles de Bogotá, la sirena suena, la gente se aparta. Javier, todavía novato, con la adrenalina disparada y el miedo latente: “Cometí todos los errores del mundo. Pero en ese momento me gustó. Sentí la adrenalina de entrar y apagar un incendio. Ver que muy pocos lo podemos hacer. Que la gente sale corriendo y uno está entrando. Me pareció genial poder pelear contra el fuego”.

Javier no cree en la idea tradicional del bombero como un héroe: “No lo veo como altruismo ni heroísmo, como la mayoría lo ve. Eso de que somos héroes... naaah. Para mí, es un tema más de adrenalina. Obviamente, está la vocación de servicio, porque uno ayuda a las personas, resuelve problemas. Un bombero es alguien que resuelve problemas. Pero lo que más me mueve es la adrenalina. Entrar a un incendio y sentir la radiación”, reconoce.

Tradición y compromiso.



Un sistema de respuesta calculado al segundo

Ser bombero no es solo apagar incendios. Cada emergencia tiene su propio código, su nivel de urgencia y un tiempo de respuesta que no se deja al azar. En la Estación de Bomberos de Chapinero, como en el resto del Cuerpo Oficial de Bomberos de Bogotá, todo está medido.

“Aquí manejamos unas líneas muy puntuales. Hay servicios esenciales, que conocemos como IMER: *incendios, materiales peligrosos, explosivos y rescates*. Estos tienen un tiempo mínimo de respuesta”, explica.

Incluso el sonido de la sirena tiene un código específico: “Si escuchas un ‘sirenado’, es un servicio normal. Puede ser un corte de árbol, un caso con abejas que no representan peligro, un puesto fijo en un evento. Algo que no requiere un tiempo de respuesta inmediato”.

Pero cuando el peligro es mayor, la urgencia se siente desde el primer segundo: “Si suenan dos ‘sirenazos’, significa que la emergencia requiere atención inmediata. Ahí tengo un minuto exacto para alistarme: equiparme, recibir la dirección, subirme a la máquina y arrancar”.

Ese minuto de preparación es clave. Desde que los bomberos reciben el llamado hasta que llegan al lugar del incidente, el tiempo máximo de respuesta es de 9 minutos. “Si hay algún inconveniente en el camino, como tráfico, cierre de vías o un choque, debemos reportarlo para justificar el tiempo de respuesta”.

Cada segundo cuenta. Cada decisión puede marcar la diferencia entre salvar una vida o llegar demasiado tarde.

De la improvisación a la tecnificación

Antes del 2007, ser bombero en Bogotá significaba hacer de todo, desde apagar incendios o investigarlos, hasta afrontar diversas situaciones inesperadas, debido a que la formación era dispersa y dependía en gran medida de la experiencia individual. “Entré en el 2000. En ese tiempo cada quien aprendía lo que podía. Algunos habían viajado a Brasil o Estados Unidos



y traían conocimientos sueltos. Pero no había una línea clara de trabajo”, recuerda.

Ese panorama cambió en el 2007 con una reforma dada por el director de bomberos de ese entonces, como lo explica Javier: “El hombre nos quitó una venda de los ojos y le dio un vuelco a la institución. Creó líneas de respuesta especializadas: investigación de incendios, equipo acuático, materiales peligrosos, rescate animal, incendios forestales. Así, la labor del bombero se tecnificó aún más”.

En este proceso de modernización, Bogotá se alineó con las normas estadounidenses NFPA (National Fire Protection Association), el estándar más reconocido en la profesión. “Nos basamos en normas de Estados Unidos porque son nuestros vecinos, nos apadrinaban y nos ayudaban. No podíamos mirar a Europa o Asia porque estaban muy lejos. Las normas NFPA cubren el 97 % de todo lo que tiene que ver con bomberos: desde los trajes y equipos de respiración, hasta los procedimientos de extinción de incendios”, indica Javier.

Javier en sus primeros años como bombero.



En el año 2000 entró al Cuerpo Oficial de Bomberos de Bogotá y hoy tiene el rango de sargento



Uno de los momentos más difíciles como bombero lo vivió en el 2003, con el atentado al club El Nogal

Javier lleva 24 años en Bomberos Bogotá.

Esta tecnificación llevó a una nueva estructura de respuesta, porque se definieron protocolos y procedimientos para cada emergencia: “Los protocolos establecen acuerdos interinstitucionales: ¿Quién responde a un incendio? Bomberos. ¿Quién brinda atención médica? Salud. ¿Quién asegura la escena? Policía. Si hay riesgos ambientales, entra la Secretaría de Ambiente”. Explica Javier, y continúa: “Los procedimientos son el paso a paso técnico para cada tarea: ¿Cómo se atiende un incendio?, ¿cómo se realiza un rescate? Todo se estandarizó en diagramas de flujo y manuales detallados”.

Este sistema estructurado permite escalar la respuesta según la magnitud del incidente: el primer nivel es atendido por la estación más cercana; en el segundo nivel se solicita apoyo de estaciones vecinas; en el tercer nivel se despliegan más unidades, carotanques y maquinaria especializada, y en el cuarto se identifica una emergencia ciudadana y se moviliza todo el Sistema de Bomberos Bogotá.

“Así operamos ahora. Todo está ‘procedimentado’ y basado en normas. Cada año nos actualizamos en técnicas y equipos. Hoy en día, ser bombero en Bogotá es una profesión completamente tecnificada”, asegura Javier.

El ritmo de la emergencia

La rutina en la estación de Chapinero es tan precisa como caótica. El día comienza a las 8:00 de la mañana con el cambio de turno. Desde el 2019, trabajan en turnos de 24 horas, con 48 horas de descanso, un sistema que, aunque no es perfecto, aligera la carga, comparado con los viejos turnos de 24 por 24.

El ritual del cambio es casi ceremonial: suena la campana —un toque indica la llegada de un teniente; dos toques, la del director, y tres, la orden de formar el nuevo turno—, se llama a lista y se consignan las novedades del día.

Entre la revisión de equipos —desde radios hasta motobombas— y la asignación de tripulaciones, se registra en un acta cada detalle.

“Tenemos un promedio de 10 a 15 servicios diarios en la estación y, en los últimos meses, Chapinero ha atendido la mayor cantidad de emergencias en Bogotá”, comenta.

Los servicios varían: fugas de gas, incendios provocados por la lluvia que derriba árboles, eventos en teatros y otros incidentes que, aunque parezcan rutinarios, requieren precisión y rapidez en cada acción.

El trabajo es constante y hay al menos diez servicios al día, turnos extensos en los que muchas veces no hay tiempo ni para almorzar. Sin embargo, cuando hay un momento libre, se aprovecha para entrenar y mejorar habilidades.

El sargento Javier es claro al decir que las cualidades físicas son esenciales, pero no son lo único que importa: “A mí no me importa si usted es hombre, mujer o como se identifique. Si es alto, bajo, gordo o flaco. Lo que me importa es que sepa apagar un incendio, efectuar un rescate, hacer un nudo y manejar una manguera”, indica.

El fuego que marca la historia

Hay días en los que la rutina se rompe con un suceso que deja una marca imborrable. Para Javier, la bomba del Club Nogal, en el 2003, fue uno de esos momentos. Aún siendo relativamente joven, de 24 o 25 años, se encontró en medio de un caos que dejó una huella profunda en la ciudad.





“En esa época asistíamos el servicio, pero muchas veces a las patadas, sin una organización clara”, relata. El incidente fue un recordatorio brutal de la falta de protocolos en ese entonces: incendios en un parqueadero de un tercer piso, llamas intensas y restos humanos incrustados en las paredes.

“El humo nos encerró y se nos acabó el aire de la botella. Fueron cinco minutos de pura adrenalina y miedo”, dice con la voz entrecortada al evocar aquellos momentos.

Esa experiencia, junto a otros servicios difíciles, lo forzó a comprender que cada segundo cuenta y que la modernización de los protocolos ha salvado muchas vidas.

Cuando se acaba el turno

Detrás del uniforme, Javier también es un hombre que lleva consigo el peso de la vida familiar. La intensidad del servicio impacta tanto en su hogar como en su entorno personal.

“Mi madre se preocupaba demasiado por mí, así que dejé de contarle los detalles más crudos. Con mi hijo, en cambio, soy más sincero”, reconoce.

Una de las historias que demuestran esa relación fue el relato de un accidente en el que un hombre, atropellado por un bus de Transmilenio, terminó con heridas muy graves. “Le conté a mi hijo lo sucedido. Y él, sin saber cómo reaccionar, me dijo: ‘Tú debes estar muy rayado’”. Esa respuesta, mezcla de inocencia y comprensión, resume el sacrificio emocional de ser bombero.

El relato de Javier Claros es, en esencia, la historia de un hombre que ha hecho del riesgo y del compromiso su forma de vivir.

“Esto es una *chimba* de trabajo y vale la pena”, repite con convicción, recordándonos que ser bombero es un desafío constante y un instinto que se enciende cada vez que la sirena rompe el silencio.

Javier es el sargento y jefe de la Estación de Chapinero.

Nadando a través del dolor

Texto: Manuela Cabezas Gómez
mcabzasg@javeriana.edu.co

La hija de Hortensia Espitaleta murió ahogada hace 18 años. A partir de esta pérdida, decidió dedicar su vida a la prevención de accidentes infantiles y a crear consciencia sobre la seguridad en espacios acuáticos. Su historia es un testimonio de resiliencia y compromiso con la seguridad de otros niños.

El 15 de febrero del 2007, Hortensia sufrió la mayor pérdida para una madre: su pequeña Mariana, que asistía al primer día de jardín infantil, se ahogó en la piscina de esa institución. La tragedia produjo un dolor profundo en ella y en su familia, pero también sembró el deseo de hacer algo por los demás y aportar para que este tipo de accidentes disminuyan.

Así, en cuatro meses, transformó el duelo en un proyecto: talleres de primeros auxilios para padres y cuidadores. A lo largo de los años, el proyecto ha crecido hasta ofrecer formación especializada para niñeras, salvavidas y personas que hacen programas de intercambio para ser cuidadores en otros países. También ha impulsado regulaciones sobre seguridad en piscinas y ha sensibilizado sobre la importancia de la supervisión y la prevención de accidentes.



Niñeras certificadas en primeros auxilios y en reanimación cardiopulmonar gracias a la Fundación. Foto: Steven Rátiva.



Hortensia Espitaleta es la creadora de la Fundación Mariana Novoa, que nace como una iniciativa para honrar la memoria de su hija. Foto: Steven Rátiva.



Cada brazada
y cada
patada es por
Mariana; lo
hago en
su honor



Además de su enfoque en la seguridad infantil, la Fundación Mariana Novoa ha extendido su impacto al ámbito social. Con el programa '¿Quién soy yo?', creó un espacio en el barrio El Codito, en Bogotá, donde niños y jóvenes vulnerables pueden desarrollar su creatividad por medio de talleres de arte, música y danza. Este compromiso con la comunidad refleja la visión de Hortensia de honrar a su hija a través del servicio y la educación.

Sentada en la colorida sala de juntas de su oficina y en la cabecera de una mesa larga, Hortensia usa una blusa negra y, tanto en su cuello como en su mano, porta el dije de una

muñequita que representa a su hija. Allí habla de su trabajo y del acercamiento con el agua después del accidente de Mariana. A pesar del miedo y el dolor, ha decidido enfrentarlo, aprendiendo a nadar como un acto de homenaje a su hija. Cada brazada es un símbolo de amor y perseverancia, y un recordatorio de que su labor tiene un propósito profundo: salvar vidas y mantener viva la memoria de Mariana.

Directo Bogotá (DB): ¿Cómo empezó la Fundación Mariana Novoa?

Hortensia Espitaleta (HE): La Fundación Mariana Novoa está inspirada en Mariana, mi hija,

Niñeras en talleres de reanimación cardiopulmonar que ofrece la Fundación Mariana Novoa. Foto: Steven Rátiva.



W

El agua es vida, solo hay que saber prevenir los accidentes

W

que a sus dos años perdió la vida por ahogamiento. El 17 de febrero, cumpliría 20 años. Ella tenía dos años cuando mi esposo y yo decidimos meterla en un jardín infantil cerca de nuestra casa. Busqué varios, pero nosotros queríamos una educación alternativa. Encontramos uno muy cerca de nuestra casa e, incluso, un amigo de mi esposo nos contó que el jardín tenía piscina y que los niños nadaban. A mí me gustó, eran 20 niños, entonces eso me dio confianza.

El primer día de clases la dejamos en la mañana, pero yo volví tres veces a hacerle preguntas a la directora. La tercera vez que me devolví le pregunté que si la piscina estaba abierta, y me dijo “tranquila, no va a pasar nada, la piscina no está habilitada”. No podría haber imaginado todo lo que sucedió en torno a eso.

DB: ¿En qué momento se enteró de que Mariana había sufrido un accidente?

HE: A las once de la mañana de ese día recibí una llamada que cambió mi vida para siempre. Me dijeron: “Mariana sufrió un acciden-

te”, pero imaginé que era algo común, como que se había resbalado, fracturado, pegado en la rodilla, pero jamás que ella se había caído accidentalmente en esa piscina. Cuando me llamaron, salí corriendo como una loca y cogí un taxi. Ruth, la nana, me dijo que ella estaba en la clínica y todo el todo el tiempo me decía: “Mariana está morada, Mariana no responde”. Cuando ella me dijo eso, yo sentí una desconexión, y cuando llegué al servicio de urgencias encontré a mi hija: la estaban reanimando, pero ya era demasiado tarde, Mariana ya había perdido la vida.

DB: ¿Cómo fue vivir ese duelo?

HE: Es una montaña rusa de emociones muy difícil. La vida sigue, pero a mí me costó nueve años aceptar la muerte de ella; esa es la parte más complicada. El duelo tiene cuatro etapas, la primera es la negación, y la última, la aceptación, que son las más difíciles. Siento que he sido resiliente, pero, por ejemplo, perdí la memoria en el duelo, se me olvidan las cosas. Fue una llamada que cambió mi vida, un suceso repentino. Incluso me peleé con Dios, le cuestio-

né la muerte de mi hija. Decidí sufrir durante nueve años, el dolor es inevitable. Mariana me va a doler todos los días de mi vida, han pasado 18 años y nunca la voy a superar.

DB: ¿Cómo fue transformar su dolor en este proyecto social?

HE: Duré cuatro meses acostada, el duelo es doloroso y es diferente para todos. No me quería parar ni bañar, no quería absolutamente nada. Tenía a mi segundo hijo de dos meses que me demandaba, pero no quería atenderlo porque en el duelo uno piensa en el hijo que se va.

Luego, mi hermana me dijo que hablara con la pediatra Olga Lucía Baquero, quien empezó a explicarme acerca de los accidentes infantiles, qué hacer en esos casos y a quién recurrir. Me propuso que hiciéramos una fundación que fuera la primera con talleres sobre prevención de accidentes infantiles.

Cuatro meses después de que Mariana se fue, empezamos la Fundación Mariana Nova con un taller en mi casa. En ese proceso entendí que el ahogamiento es un evento rápido y silencioso, que los niños menores de cinco años no producen ningún ruido al caer y se ahogan en silencio. Me di cuenta de que en Colombia no estábamos preparados para suplir una emergencia y la gente no sabe qué hacer ante eventos prevenibles como estos.

DB: ¿Qué talleres ofrece la Fundación actualmente?

HE: Empezamos con nuestro taller pionero, que es para papás, mamás, cuidadores y jardines infantiles que se vuelven primeros respondientes. Así podrán saber qué maniobra hacer ante una emergencia. En eso nos mantuvimos los primeros siete años, y luego llevamos el taller de primeros auxilios y reanimación cardiopulmonar para niñas y *au pair* [personas que viajan al exterior contratadas como cuidadoras]. Luego salió la Ley 1209 del 2008 para establecer las normas de seguridad en las piscinas. Es una ley vigente, pero que no tiene control, regulación ni vigilancia del Ministerio de Salud. Y nos dimos cuenta de que había una necesidad: los salvavidas deben ser expertos

en tratamiento de agua y en la parte de seguridad. De ahí salió nuestro taller de operación de piscinas y estructuras similares. Ese es el curso más completo que hay en el mercado, lo dictan personas expertas y es teórico-práctico.

DB: ¿Tiene planeado lanzar nuevos talleres?

HE: Vamos a tener dos talleres nuevos este año. Uno es el de salvamento acuático, por los vacíos que hay en los salvavidas y en las funciones que ellos cumplen. También está de moda aprender del manejo del desfibrilador automático; es importante que la gente



Niñeras en los talleres de primeros auxilios que ofrece la Fundación Mariana Nova. Foto: Steven Rátiva.

Abajo: Práctica de primeros auxilios en los talleres de la Fundación Mariana Nova. Foto: Daniela Gutiérrez.



Hortensia Espitaleta en el II Congreso Internacional para la Prevención de Ahogamientos, en el 2024. Foto: Sergio Forero.

sepa cómo usarlo. Y, además, queremos sacar un taller de primeros auxilios psicológicos y prevención del suicidio para poder llevar una vida más equilibrada. Sobre todo, queremos generar conciencia, pues los accidentes son un tema de conciencia.

DB: Y la Fundación también tiene un enfoque social. Cuéntenos un poco.

HE: Hace once años empezamos el proyecto social, cuando alguien me habló de Altos de Serrezuela, en el barrio El Codito. En ese barrio había una casa de la Junta de Acción Comunal que estaba abandonada, y la tomé para crear un espacio donde pudieran ir los niños del sector. Entonces hablé con una profesora muy artística y me dijo que en esa casa podíamos hacer un montón de cosas. En marzo del 2014 arrancamos nuestro proyecto social con

un programa que se llama '¿Quién soy yo?', en el que hacemos procesos de arte, música y danza con niños vulnerables del sector. Hoy tenemos 105 niños, niñas y adolescentes que asisten a nuestros proyectos de intervención artística. Los niños aman ir allá, les encanta. Ellos salen de su colegio y van por grupos de edades dos veces a la semana.

DB: ¿De qué manera hizo las paces con el agua y decidió hacerla parte de su proyecto?

HE: He tenido dos momentos importantes. La vida me dio la oportunidad de ser nuevamente mamá de mellizos y, entonces, quedé con tres hijos hombres. Recuerdo que en su infancia me tocó entrar a la piscina con ellos, me decían que tenía que ser valiente y superar el temor. Me costó más que a mi esposo, y con muchos miedos me metí con uno de los mellizos.

Además, actualmente me encuentro tomando clases de natación, pero ha sido muy duro. Cada brazada y patada es por Mariana, es algo en su honor, y siento que está ahí conmigo en el agua. Para los profesores soy una persona normal, pero el día en que nade les voy a contar mi historia para que vean que el esfuerzo de cada clase es por Mariana. Tomé esta decisión porque debo ser consecuente en vivir lo que hablo, para que esto sea confiable. Y, además, el agua es vida, solo hay que saber prevenir los accidentes.

DB: ¿Cómo cree que su labor y su Fundación honran la memoria de su hija?

HE: De muchas maneras. Llevamos 18 años de esfuerzo y dedicación; *vibramos* Mariana Novoa todos los días de la vida. Hemos salvado muchas vidas, ya nos reconocen como un referente. Este año haremos nuestro tercer congreso internacional para la prevención de los ahogamientos. En el 2024, fallecieron 683 personas en Colombia por ahogamiento, de los cuales muchos eran niños o niñas. Y la Organización Mundial de la Salud dice que 300.000 personas mueren anualmente en el mundo por ahogamiento. Entonces estoy convencida de que el ahogamiento es prevenible y que mi misión en este mundo es cada vez más clara. Me da muy duro preguntarme el porqué de las

cosas, pero creo que Mariana me dejó muy clara la respuesta a esa pregunta, y honrarla es lo más bonito que me ha podido pasar. Hoy la he tenido todo el día en mi cabeza; ella era una niña maravillosa y llena de vida, con unos ojos cafés intensos. Recordarla a ella así es vivirla y honrarla todos los días. Creo que ella es feliz y se me manifiesta de diferentes maneras, como en las flores o en los pajaritos que se me paran en el carro de manera inquieta.

DB: Desde su experiencia, ¿qué enseñanza les daría a otros padres que han tenido pérdidas similares?

HE: Lo más difícil es aceptarlo, pero todos los duelos son diferentes y cada ser humano busca su camino después de una pérdida. No hay un manual de instrucciones para vivir la pérdida de un hijo. Hay gente que se aferra a Dios, otros que no; cada uno tiene una razón diferente. Entonces lo primero es entender el duelo y el dolor. Y lo segundo, aprender que la muerte es una maestra de vida, aunque los seres humanos no estemos preparados para asumirla. La muerte existe y hay que entenderla, leerla,

estar cerca de ella y prepararse, porque llega en el momento menos esperado. Y, finalmente, el dolor es inevitable, pero el sufrimiento se puede sanar buscando redes de apoyo. Uno piensa que el mundo se le va a caer encima, pero no, todo sigue igual y uno tiene que aprender a vivir con esa situación. **DB**



Cuatro meses después de que Mariana se fue, empezamos la Fundación Mariana Nova con un taller en mi casa



Arriba: Niñeras practicando maniobras de reanimación cardiopulmonar en los talleres que ofrece la Fundación. Foto: Lina Villamil.

Talleres de reanimación cardiopulmonar y primeros auxilios ofrecidos por la Fundación, con muñecos de simulación. Foto: Lina Villamil.

La apuesta del Jardín Botánico por la agricultura urbana

Texto y fotos: Karol Daniella Clavijo Tapias
ka_clavijo@javeriana.edu.co

El Banco de Semillas del Jardín Botánico de Bogotá no solo preserva la biodiversidad, sino que también impulsa la agricultura urbana con semillas criollas y nativas. Juan David Córdoba, coordinador del programa, explica el funcionamiento de estos bancos, el proceso de recolección y conservación de semillas y la forma como cualquier ciudadano puede acceder a ellas para fortalecer su huerta urbana.



Juan David Córdoba, coordinador de bancos de semillas agroecológicas comunitarios.

El Jardín Botánico de Bogotá ha desempeñado un papel clave en la promoción de la agricultura urbana durante más de 20 años. Como parte de este esfuerzo, el programa Bancos de Semillas Agroecológicas se ha consolidado como una estrategia fundamental para garantizar el acceso a semillas nativas y criollas en distintas localidades de la ciudad. Actualmente, existen nueve bancos de semillas distribuidos en las localidades de Sumapaz, Engativá, Rafael Uribe Uribe, Suba, Usme, Bosa, Fontibón, San Cristóbal y Chapinero. La meta es ampliar este número a 20 para fortalecer la agricultura urbana en Bogotá.

Esta iniciativa surgió por la necesidad de rescatar especies desplazadas por la agroindustria y el uso masivo de semillas transgénicas. Su objetivo principal es preservar las variedades tradicionales —aquellas cultivadas por generaciones de campesinos y comunidades indígenas— que hoy están en riesgo de desaparecer. La conservación de estas semillas no solo protege la biodiversidad, sino que también fortalece la soberanía alimentaria y el conocimiento ancestral sobre el cultivo.

En esta entrevista, Juan David Córdoba, coordinador de Bancos de Semillas Agroecológicas Comunitarios, explica la importancia y el funcionamiento de estos espacios. Córdoba, ingeniero en agroecología y estudiante de maestría en gestión ambiental, dice que los bancos de semillas también permiten almacenar, custodiar y multiplicar variedades no comerciales en condiciones controladas. Estas semillas provienen de diversas regiones del país y han sido seleccionadas para adaptarse a las condiciones de la agricultura urbana en Bogotá.

Recuperar y compartir semillas nativas empodera a los agricultores, permitiéndoles cultivar sin depender de grandes empresas, y también fomenta el intercambio de conocimientos entre comunidades. Así se promueven prácticas agrícolas más sostenibles y respetuosas con el medioambiente.

Más allá de su función de resguardo, estos bancos de semillas se han convertido en espacios de encuentro y aprendizaje. A través de talleres y charlas, se difunde la importancia de la biodiversidad, el cuidado del suelo y las formas



tradicionales de cultivo. En un contexto donde la seguridad alimentaria es un desafío creciente, iniciativas como esta representan una alternativa para preservar la diversidad agrícola y honrar el legado de quienes han trabajado la tierra durante siglos.

Directo Bogotá (DB): ¿Cómo funciona un banco de semillas agroecológicas?

Juan David Córdoba (JDC): El Jardín Botánico de Bogotá lleva más de 20 años impulsando la agricultura urbana. Como parte de este proceso, ha apoyado y fortalecido numerosos huertos en la ciudad. Con el tiempo, los agricultores urbanos comenzaron a solicitar semillas agroecológicas, ya que el Jardín inicialmente producía semillas comerciales. Para responder a esta necesidad y mantenerse alineado con su enfoque agroecológico, surgió la iniciativa de los bancos de semillas.

DB: ¿Por qué es necesario un banco de semillas y cuál es su importancia para la conservación ambiental y el equilibrio de los ecosistemas?

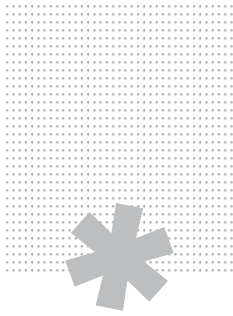
JDC: Los bancos de semillas son fundamentales hoy en día porque cumplen funciones esenciales. Primero, permiten recolectar y preservar la diversidad genética de los ecosistemas.

La maloca es el lugar donde se almacenan todas las semillas.



Muchas semillas disponibles han sido alteradas por procesos industriales, lo que dificulta su pureza genética





La iniciativa
busca rescatar
especies
desplazadas
por la
agroindustria
y las semillas
transgénicas

Interior de la maloca.



Segundo, almacenan y conservan semillas de especies que pueden estar en peligro de extinción o que ya han desaparecido en ciertas regiones. Tercero, facilitan su multiplicación para restaurarlas en su entorno natural.

Además, los bancos de semillas no solo guardan material genético en frascos para su préstamo, sino que también efectúan una renovación constante de las semillas. Esto es clave para que las especies se mantengan resilientes ante el cambio climático, las plagas y las enfermedades. Al actualizarse periódicamente, las semillas conservan características genéticas que les permiten adaptarse a variaciones en la calidad del suelo, el régimen de lluvias y las temperaturas.

A diferencia de los bancos de semillas tradicionales, donde algunas variedades pueden permanecer almacenadas por años sin adaptación al entorno cambiante, nuestro enfoque busca que las semillas conserven su vigor y capacidad de adaptación a las condiciones actuales. Así garantizamos no solo su preservación, sino también su viabilidad para el futuro.

DB: ¿Cuál es el proceso de recolección de las semillas? ¿Proviene únicamente de Bogotá o también de otras regiones del país?

JDC: Inicialmente, se realizó un estudio para identificar bancos de semillas a nivel nacional que pudieran proporcionar material de origen

orgánico o agroecológico. A partir de este inventario, las semillas madre de nuestro banco fueron seleccionadas de diversas regiones como Nariño, Valle del Cauca, Cundinamarca, Boyacá y Antioquia. La elección se basó en variedades adecuadas para la agricultura urbana en Bogotá; es decir, semillas de porte medio o bajo y adaptadas a climas fríos.

Además, hemos participado en eventos de trueque e intercambio de semillas, lo que nos ha permitido ampliar la diversidad de nuestro *stock*. Este proceso de selección y adquisición es clave para fortalecer la disponibilidad de semillas en la ciudad.

Por otro lado, el Banco de Semillas del Jardín Botánico de Bogotá cuenta con un área de producción y adaptabilidad climática. En este espacio, las semillas son germinadas, producidas, seleccionadas, limpiadas y almacenadas bajo condiciones controladas. De esta manera, además de los bancos que resguardan las semillas, tenemos núcleos de producción dentro de la ciudad que garantizan su conservación y disponibilidad para futuras siembras.

DB: ¿Cómo aseguran las condiciones adecuadas para la conservación de las semillas en este espacio, considerando que se almacenan en una maloca?

JDC: Uno de los factores clave para un banco de semillas es el control de la humedad. Es fundamental que no supere el 5 % dentro de los contenedores para evitar que las semillas se deterioren. Además, el almacenamiento debe realizarse en un lugar fresco, aislado de la luz solar directa. Aquí utilizamos iluminación artificial y, cuando no hay nadie en el espacio, la mantenemos apagada para evitar cualquier exposición innecesaria.

Otro aspecto importante es la temperatura, que debe mantenerse por debajo de los 20 °C, con condiciones estables y buena ventilación. Para asegurar estos parámetros, utilizamos higrómetros que nos permiten monitorear la humedad y la temperatura dentro del lugar. Además, aplicamos técnicas de desinfección y limpieza antes del almacenamiento para garantizar que las semillas se conserven en óptimas condiciones.

DB: ¿Qué pasos debe seguir una persona para participar en este proyecto? ¿Es necesario tener conocimientos sobre semillas y agricultura, o cualquier persona puede hacerlo?

JDC: Cualquier persona que viva en Bogotá puede participar en el proyecto. El Banco de Semillas está diseñado para fortalecer las huertas de la ciudad y cuenta con un sistema de préstamo de semillas. Estas se entregan según su variedad, ya sea por gramaje o por unidad. Por ejemplo, no es lo mismo pesar granos de maíz que semillas de lechuga o de tomate, ya que su peso y volumen varían.

Además, se tiene en cuenta el tipo de huerta en la que se cultivarán las semillas. Por un lado, están las huertas de zona blanda, donde la siembra se hace directamente en el suelo. Por el otro, las de zona dura, donde se utilizan contenedores, canecas o camas contenidas.

Dependiendo del espacio y del nivel de experiencia de la persona, se le asesorará sobre el tipo de semilla más adecuado para su cultivo. También se establecen condiciones para garantizar el retorno de las semillas: por cada unidad prestada, se espera que al final del ciclo productivo la persona devuelva el doble, asegurando así la continuidad del Banco de Semillas.

DB: ¿Cuál ha sido el mayor desafío en la conservación y multiplicación de semillas en Bogotá?

JDC: El principal reto ha sido encontrar variedades de semillas nativas o autóctonas que se mantengan libres de tratamientos con insumos químicos o de modificaciones híbridas. Muchas de las semillas disponibles han sido alteradas mediante procesos industriales, lo que dificulta la conservación de su pureza genética. Esto es clave para preservar la biodiversidad y asegurar que las variedades tradicionales puedan seguir reproduciéndose de manera natural.

DB: ¿Qué cambios se han observado en la agricultura urbana en los últimos años?

JDC: La agricultura urbana ha evolucionado significativamente. Durante la pandemia tuvo



un aumento notable, ya que muchas personas la adoptaron como una actividad terapéutica y una fuente de autoconsumo, lo cual permitió el acceso a alimentos frescos y de bajo costo. Actualmente, más personas han integrado la agricultura urbana como una fuente estable de producción, ya sea para abastecimiento personal, emprendimientos o, incluso, como una alternativa sostenible de alimentación. En lugar de ser solo una tendencia pasajera, se ha convertido en una práctica más estandarizada y con bases sólidas en la comunidad.

DB: ¿Qué aprendizajes han surgido del trabajo comunitario en el banco de semillas?

JDC: Uno de los mayores aprendizajes ha sido comprender que una semilla no es solo una

Semillas en contenedores.



Los bancos de semillas permiten a los agricultores evitar la dependencia de grandes empresas y fomentar el intercambio de conocimientos



semilla. Detrás de cada una hay una historia, un conocimiento ancestral y una conexión con las raíces culturales de distintos pueblos. Las semillas conservan la memoria de comunidades indígenas, afrodescendientes y campesinas, transmitiendo sus saberes y la relación de sus antepasados con la tierra.

Otra clave de aprendizaje es el valor emocional y alimenticio que tienen. Muchas personas, al reencontrarse con variedades de semillas que no veían desde hace años, evocan recuerdos de sus familias y tradiciones culinarias.

DB: ¿Qué nuevas técnicas o avances científicos planean integrar en la gestión de los bancos de semillas?

JDC: Buscamos actualizar y tecnificar la gestión de los bancos de semillas por medio de alianzas con diferentes entidades. Actualmente, estamos en conversaciones con el Ministerio de Agricultura y con Agrosavia para implementar procesos de selección convencionales que puedan integrarse en los bancos agroecológicos comunitarios.

Además, valoramos el conocimiento ancestral en la conservación, limpieza y desinfección de semillas, tanto desde prácticas étnicas como

no étnicas. Nuestro objetivo es combinar estos saberes tradicionales con avances científicos y adaptarlos a las condiciones actuales. También trabajamos en la transmisión de estos conocimientos a las nuevas generaciones y en su reintroducción en las comunidades, mediante capacitaciones y programas de formación.

DB: ¿Cómo ve la evolución de los bancos de semillas en Bogotá y en el resto del país en los próximos años?

JDC: Aunque suene desalentador, el avance de la deforestación y la extinción de muchas especies hará que los bancos de semillas cobren aún más importancia. Se convertirán en espacios clave para la conservación de variedades que ya no existirán en sus ecosistemas originales y, además, en reservas estratégicas para la seguridad alimentaria.

Es fundamental reflexionar sobre nuestra autonomía y soberanía alimentarias, así como sobre la pérdida de la agrobiodiversidad. A menudo hablamos de *biodiversidad* en términos de ecosistemas, pero hemos descuidado la diversidad agrícola y alimentaria, por lo cual, con el paso del tiempo, hemos perdido cultivos y semillas esenciales. **DB**



Semillas de maíz negro, rojo y amarillo.



Cultivos de plantas en proceso.

Voces de una tierra llamada Catatumbo

Texto y fotos: Saray Juliana Ortega Mendoza
sj.ortega@javeriana.edu.co

El Catatumbo, una región marcada por la guerra y el narcotráfico, se ha convertido en un territorio de desplazamiento forzado. La masacre de una familia en Tibú fue solo el comienzo de una escalada de violencia entre el ELN y las disidencias de las FARC que dejó más de 56 muertos en un solo día y obligó a huir a más de 53.000 personas. Aquí, las voces de quienes sobrevivieron relatan el miedo, la incertidumbre y la resistencia de una comunidad atrapada en un conflicto sin tregua.



Las voces se acallaron. El carro se detuvo de golpe en la vía El Zulia-Tibú, con las puertas cerradas y en la radio una melodía incierta. El motor se apagó, mientras los disparos se desvanecían y el vidrio panorámico yacía hecho pedazos. Dentro, la escena era un retrato brutal de la fragilidad humana.



Este año
fueron
desplazadas
más de 53.000
personas en
el Catatumbo



Miguel Ángel López, Zulay Durán Pacheco y su bebé de seis meses reposaban juntos, con las cabezas inclinadas. Eran dueños de la única funeraria de Tibú y, paradójicamente, iban a prestar un servicio exequial cuando la muerte los alcanzó. La madre, en un último acto de amor, cubrió con su cuerpo al bebé, como si el instinto hubiera reaccionado antes que el miedo.

Solo su hijo mayor, de diez años, sobrevivió. Oculto en la parte trasera, vio cómo su familia se desmoronaba en segundos. Con las piernas temblorosas, corrió por la trocha en busca de ayuda, mientras el silencio invadía todo.

Esa noche del 15 de enero quedó grabada en la memoria de los catatumbos. No solo por la brutalidad del crimen, sino por el silencio que se impuso después: puertas cerradas y

luces apagadas mientras el rumor de la huida recorría las trochas. Porque en el Catatumbo, cuando la muerte toca a uno, el resto teme lo que les espera.

La masacre de aquella familia no fue un hecho aislado, sino la primera señal de un mal que se extendió por toda la "Casa del Trueno", como llamaban a la región los indígenas barí. En los últimos meses, la tensa coexistencia entre facciones dio paso a una guerra abierta, brutal y sin tregua, que se ha propagado como una plaga por todo el territorio.

La mañana del 16 de enero, los enfrentamientos entre el ELN y el Frente 33 de las disidencias de las FARC estallaron con ferocidad. Ya no era solo una lucha de ideales, sino una guerra por el control de la minería, la producción

de coca y el tráfico ilícito, mientras la presencia del Estado seguía siendo apenas una sombra distante.

Los muertos no tardaron en llegar: en un solo día, la cifra ascendió a 56. Un número que para las autoridades no era más que una estadística, pero que para los habitantes representaba un rostro conocido, un amigo, un familiar, un vecino. Cada pérdida sembró el terror y convirtió la huida en la única opción. Así, aproximadamente 53.000 personas tuvieron que abandonar el lugar al que llamaban hogar, emprendiendo una huida forzada hacia Cúcuta, con la esperanza de encontrar seguridad más allá de la guerra.

No lo mataron, pero tranquilo, ya tengo su foto

Santiago, 23 años. Firmante de paz y gestor de la mesa de diálogos entre el Gobierno nacional y las disidencias de las FARC.*

Tibú, Norte de Santander

Inconsciente de lo que estaba por pasar, llegué a Tibú la noche del 14 de enero, después de tres días dándole duro a la trocha por la vereda El 25. Venía cansado, pero apenas puse pie en el pueblo, me alojé. En zona urbana, uno

siente que puede bajar la guardia, pero qué va. Me registré en un hotel y, sin pensarlo mucho, un amigo me jaló para el estanco de enfrente a tomarnos un *bolegancho*. “Vaya y calétese”, me dijeron, y a eso de las tres de la mañana me eché a dormir, sin imaginar que, al despertar, el celular iba a estar reventado de mensajes: habían masacrado a una familia y el carro en el que tenía que viajar para Cúcuta lo habían *rafagueado*. Todos me daban por muerto.

Con el pulso acelerado, me fui al coliseo de Tibú. Ahí la gente se amontonaba entre colchones prestados y caras pálidas. Hablé con el alcalde, pero él no tenía respuestas ni ganas de darlas; se escondió. El único alimento eran panes y botellas de agua que los mismos vecinos traían. Y yo ahí, aguantando el dolor de ver a mi gente botada, como si no valieran nada. Entonces se me acercó un pelao y me dijo: “No lo mataron, pero tranquilo, ya tengo su foto y su nombre. Tarde o temprano va a caer”. Se me heló el pecho. La gente entendió de una y, entre susurros y miradas rápidas, me ayudaron a escapar.

Salí en un carro para Cúcuta, pero el miedo es más rápido que uno. Sé que tienen mi cara y que mi destino está marcado, pero mientras el tiro no llegue, aquí sigo. Rendirse no es opción, eso es morir como marica.



En la región, las disputas entre el ELN y las disidencias de las FARC han afectado a millares de civiles



Helicóptero de la ONU.

Proyección de una película en un albergue.



Esta ha sido una de las catástrofes humanitarias más graves de los últimos años

El silencio también es un aviso

Edilson, 45 años. Líder social y vocero en los medios de comunicación para el Catatumbo.*

La Gabarra, Norte de Santander

La mañana del 16 de enero, yo andaba en el puro casco urbano de La Gabarra. Ya sabíamos a lo que nos enfrentábamos, pero uno es terco y sigue guardando la esperanza —o más bien la ilusión— de que el miedo se quede en rumores y no en cuerpos regados por la carretera. Pero en el Catatumbo la esperanza dura poco. Esta es tierra brava, más de 4.800 kilómetros de monte espeso, ríos crecidos y un clima que cambia como el genio de la gente.

Esa mañana el peligro se sentía en el aire. Uno lo nota primero en el pecho que en los ojos: calles vacías, motos que pasan lento, la gente hablando bajito, como si no querer ser oído bastara para salvarse. No esperé más. Salí con lo que tenía puesto y me refugié en casa de un amigo. Ahí pasé la noche en vela, porque el silencio también avisa.

Al otro día, el pueblo ya no era el mismo. Se veían movimientos raros, de esos que uno aprende a leer con los años. Aquí uno sabe quién es quién, aunque no lleven uniforme ni hablen duro. Intenté hacerme el desentendido, pasar por sombra, pero en esta tierra nadie se desaparece del todo. Dos días después, no había más que hacer: si no me iba, me mataban. Agarré una bolsa negra de basura, metí lo que cupo y salí con unos compañeros para la base militar. El Ejército nos sacó en helicóptero. Yo iba con el alma en la boca, porque nunca me había montado en un animalejo de esos.

Me fui dejando atrás las trochas que me vieron crecer, tierras buenas, generosas, que han mantenido generaciones enteras a punta de palma de cera y coca. Pero irse no significa estar a salvo. Ahora estoy en un albergue en Cúcuta, y el miedo se vino conmigo: llamadas raras, miradas que pesan en la espalda. Nadie está seguro ni aquí ni allá. En el Catatumbo, la guerra no se queda en la tierra; lo sigue a uno como una sombra.

“Veci, bájese pa Tibú, esto se va a poner caliente”

Linda*, 22 años. Ama de casa.

Versalles, Norte de Santander

El 16 de enero, a eso de las nueve de la mañana, una vecina llegó tocando la puerta como si se estuviera quemando la casa. Esa urgencia me heló el pellejo. Yo siempre me levanto temprano, pero ese día no, porque mi esposo andaba trabajando por Cúcuta y como que el cuerpo me pidió descanso. “Veci, bájese pa Tibú, váyase pa donde su familia, que esto se va a poner caliente”, me dijo, con esa mirada de quien ya ha repetido la advertencia muchas veces y sabe que no es en vano. Sentí un vacío en el estómago. Como pude, me cambié y salí.

En el camino, la realidad se fue volviendo pesada, como si el aire costara más respirarlo. Hombres armados a la orilla de la carretera, familias enteras dejando sus finquitas, con los costales al hombro, como si la misma tierra los hubiera echado. Al llegar a Tibú, el pueblo

estaba como suspendido, callado, con esa espera espesa que uno ya conoce.

Esa noche, los disparos retumbaron desde Campo Seis, a 15 minutos de ahí. No hizo falta ver para entender. Al otro día, la orden fue clara: había que irse. La amenaza cubría a toda la comunidad. Sin tiempo para dudar, me fui al batallón, con lo puesto y el miedo atragantado. Ocho horas nos tocó aguantar bajo el sol, rodeados de rostros cansados y mochilas improvisadas, hasta que por fin nos sacaron en un vuelo de la ONU.

Cuando aterricé en Cúcuta, me llevaron a un albergue lleno hasta el tope. Unos lloraban, otros se quedaban viendo al vacío, muchos ya ni hablaban. Ahí pasé varios días recibiendo ayudas y buscando una cara conocida. Hasta que al fin logré contactarme con mi esposo.

Ahora trato de recoger los pedazos y seguir adelante, pero, la verdad, uno sabe que nunca es lo mismo. Porque allá no solo quedó mi casa, sino el pedazo de alma que se le arranca a uno cuando toca huir sin mirar atrás.



En el
Catatumbo
se produce
el 17 % de la
coca del país



Niños jugando en un albergue.

Hoy el Estado
intenta
controlar
la situación
y hacer
presencia en
la zona

Agarrar monte

Franky*, 49 años. Campesino.

Tibú, Norte de Santander

El 16 de enero, a eso de las diez de la mañana, lo único que se escuchaba eran bombas. Yo estaba en mi finca, cerca de Tibú, cuando se armó el despelote. La gente corría, los niños huían por las calles y las mamás lloraban buscando llegar a las carreteras principales, donde estaba la fuerza pública. Fueron tres días de zozobra, sin poder dormir. Durante el día nos refugiábamos en las casas, pero al anochecer tocaba agarrar monte, porque ellos llegaban como cazadores, sin importar quién eras ni qué hacías. Y aquí en el Catatumbo, con tanta montaña y trocha, esos tipos andan como peces en el agua, como si esta tierra fuera de ellos. A mi vecino Jhonny, un hombre generoso y servicial, se lo llevaron y hasta hoy no se sabe nada de él.

El 20 de enero decidí irme por mis propios medios. Me uní a una caravana de carros con banderas blancas, rumbo a Cúcuta para pedir ayuda al gobierno. Lo que más me duele es haber dejado mi finquita, mis gallinas y vaquitas, lo poco que tenía para vivir. Uno no está hecho para la ciudad, para vivir encerrado, lejos de su pedazo de tierra. Ahora estoy en un albergue, pero ni aquí me siento seguro. Las amenazas ya llegaron y el miedo se refleja en cada mirada. Son cosas que uno no ve ni en las películas de Netflix, pero aquí son el pan de cada día.

Mi nombre estaba en las listas

Yazmín*, 42 años. Líder social y estilista.

Convención, Norte de Santander

El 27 de enero me tocó dejarlo todo y salir para Cúcuta por mi propia cuenta. Me llegaron amenazas de muerte; mi nombre ya andaba en una de las listas del ELN. No quise espantar a nadie. Mis hijas dormían y preferí evitarles ese susto. Solo agarré unas pocas cosas y dejé un

papel en el comedor que decía: "Me tocó irme, después les explico por qué".

A las cuatro de la madrugada salí sola, con el corazón acelerado y el miedo de que en cualquier momento me pararan en la carretera. Cuando llegué a Cúcuta, me fui derecho al estadio, a ver si me daban alguna ayuda, porque apenas traía lo puesto y un par de cosas más. El miedo no me soltaba. Pensé en arrancar para Bucaramanga, en irme aún más lejos, pero no quiero dejar a mis hijas. Ellas son lo único que me sostiene.

Ahora, con la mano que me tendió una amiga, estoy trabajando como estilista y tratando de armar de nuevo mi vida. Pero la zozobra no se va. Se queda ahí, como una sombra detrás de uno, recordándole que esto aún no ha terminado.

El desplazamiento en el Catatumbo no es solo una consecuencia de la guerra, sino una herida abierta que se extiende más allá de las fronteras. No basta con salir del territorio para sentirse a salvo, porque el miedo, la incertidumbre y la pérdida acompañan a quienes han dejado atrás su hogar. Las voces de Santiago, Edilson, Linda, Franky y Yazmín son solo algunas entre miles que han visto cómo su vida se fractura en un instante, obligados a empezar de nuevo sin garantías, sin justicia y, muchas veces, sin un futuro claro.

Las trochas y caminos que una vez fueron rutas de trabajo y encuentro se han convertido en senderos de huida. La violencia persiste, se reinventa y se arraiga en cada rincón, mientras el silencio de las autoridades es tan estruendoso como el de los pueblos vacíos. Porque en el Catatumbo la guerra no solo se combate con balas, sino también con el olvido, y quienes logran escapar saben que su lucha no termina al cruzar la frontera del miedo. ^{DB}

* Los nombres fueron cambiados para resguardar la identidad de las fuentes.

Desde la humildad de la arcilla

Texto y fotos: Luna Badrán
badranlmanuela@javeriana.edu.co

Daniel Domínguez es un ceramista joven que vive en Chapinero. Después de intentar varios oficios y haber llevado una vida simple, descubrió en el barro un sentido más profundo y delicado de la existencia. Hoy cuida su arte y oficio con pasión y lo enseña a la gente.



Aunque está lleno de barro, el primer piso de la casa donde vive Daniel no huele a eso... ni a nada. Al fondo, una nevera reposa entre un mosaico de estrellas azules y bajo un aparador con vasos convertidos en portapinceles. A la derecha, dos estanterías, y a la izquierda, su pared llena de cuadros. En el centro, dos mesas de madera fabricadas por él mismo, con sus respectivas banquitas. Ellas son menudas, párvulas, amables con el visitante. Todo lo demás, apilado con el mayor de los cuidados, son teteras, platos, pocillos, azucareras, ollas y todo tipo de utensilios de cerámica.

—Lo digo humildemente, este es un oficio muy elegante. Como el de cualquier artesano, pero creo que los ceramistas, en cuanto a nivel cultural

Se pueden
moldear hasta
10 kilos de
arcilla en un
torno, lo que
equivale a un
gran jarrón

y sensorial, son sobresalientes. No he conocido el primer ceramista ordinario, nadie que escuche música popular torneando. Si lo llego a conocer, no querré hablar con él —dice el hombre al que, cuando se vuelve uno solo con la arcilla, le gusta escuchar *rock* alternativo y música *indie*.

Daniel Domínguez Rincón, a sus 28 años, no parece artista ni administrador de empresas, y tampoco luce como un deportista. No parece nada porque nunca ha pretendido serlo. Ni buen colegial, ni universitario destacado, ni el mejor empresario. Defiende su quehacer con humildad, pero es celoso con su gremio. Usa gorra, camisa blanca y *jeans*, pero cuando se pone el delantal para moldear y hornear, sí pretende ser el mejor en lo suyo.

—Tornear me gusta, me hace sentir artista. Aun cuando ya llevaba tiempo en el oficio y era conocedor de ciertas técnicas, no me sentía artista. Hacía moldes de yeso, pero no hay nada de arte en ello. Hace poco hablaba de eso con una buena amiga de torno, y le decía que nunca pensé ser sobresaliente en algo: juego bien fútbol, pero no soy el mejor; juego bien y ya. Nunca fui el mejor estudiante, nunca lo seré. Nunca era el mejor en nada. Pero tornear sí me hizo sentir el mejor en algo.



Horno para cerámica.

Domínguez y Rincón. Sus apellidos son importantes porque así se llama su proyecto profesional *Domínguez.r Studio*, un taller de cerámica donde dicta sesiones de experimentación con arcilla, y porque sus papás, sin saberlo, abonaron el terreno con el que él pudo palpar de cerca el arte. Su papá, Carlos Domínguez, ejerció durante 30 años la profesión de contador público, pero siempre le gustó dibujar. Daniel recuerda que los fines de semana pintaba y se volvía “el tipo más curioso del mundo: marquetería, carpintería o tapizado de muebles”. Y su mamá, Sofía Rincón, fue dueña durante 25 años de un jardín infantil, en el que además dictaba clases.

—Ella era toda una *rockstar* reconocida en el barrio. Vivió realizada con su profesión hasta que se jubiló hace diez años. Aquello de la pedagogía carismática y la secuencialidad para hacer las cosas lo heredé de ella —comenta el artesano.

Lo de la cerámica llegó más como respuesta a su comportamiento hiperactivo infantil, que como una búsqueda de la profesión. Desde los 4 hasta los 14 años fue a clases particulares de plastilina en el Museo de Arte Moderno de Bogotá. El ceramista se siente peculiar por haber sido un adolescente que seguía jugando con plastilina, el material predilecto de la primera infancia.

—Fui un niño “casposísimo”. Un pelao feliz, pero hiperactivo, de esos a los que los papás quieren tener ocupados todo el día. Fútbol desde los cinco años y natación un poco más grande. Si ellos se podían librar de mí durante medio día con cualquier *hobby*, lo tomaban. Me gustaba muchísimo pintar, pero más jugar con plastilina; creo que era virtuoso para todo eso. Entonces fusioné mis pasatiempos del fútbol con la plastilina e hice megamaquetas de estadios como el Maracaná y el Malvinas Argentinas, como pasatiempo. El jardín infantil de mi mamá me proveía de la materia prima que yo necesitaba; además de los estadios, hacía jugadores y moldeaba su ropa.

En 2012, se decantó por la administración de empresas como profesión. El resto de su familia estaba llena de economistas, y él se autoconvenció de que ese mismo camino iba a ser

el suyo. Entró a la Universidad Santo Tomás y allí, como en todo lo que había hecho hasta el momento en su vida, transitó una etapa *normal*.

—Jamás me importó ser el mejor. Era el que pasaba con tres y me sentía satisfecho. Tarde o temprano creo que siempre llegaba a un punto dentro de lo esperado, nada sobresaliente, porque cualquier tema que no fuera la cerámica no me terminaba de atrapar. No era feliz con eso.

Sus palabras se convierten en una suerte de larga retahíla carente de emoción. Fluyen monocordes, quizá porque cuando no habla de barro, no habla de Daniel.

—Yo no soy sin esto. El día que esto no esté, yo no seré. Esta es mi cara —dice de repente animado mientras señala su mosaico de estrellas, sus cuencos apilados, su torno y cada pared de su taller-refugio.

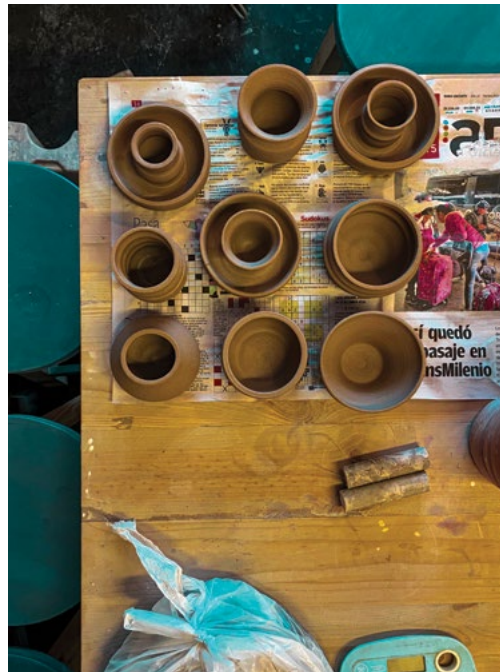
En sexto semestre comenzó, junto con su papá, un emprendimiento de macetas con botellas de vidrio, su nombre era Novità, y fue el primer acercamiento que tuvo al mundo de la artesanía.

—Con este impulso de que me estaba yendo bien en algo que ni siquiera tenía planeado, me fui al sector de Galerías. Y como un experimento cualquiera, compré unas cabezas de yeso; las pinté, les puse un engrudo de servilletas y las vendí.

De las macetas, a las cabezas de yeso, Daniel se encontraba a sí mismo, pero en 2017 comenzó las prácticas en la carrera que había cursado y fue sumamente infeliz. Ahí entendió que lo suyo no eran los números, sino el trabajo rústico.

—Fueron unas prácticas que disfrutaba solo en cuanto salía. Y con ellas me replanteé si esa sería mi carrera de por vida. Decidí abandonar la profesión luego de trabajar para el complejo arquitectónico de las Torres Atrio y encontrar que ese mundo me parecía muy gris. Quería cerámica o nada.

En ese mismo año, su mejor amigo, Camilo Bohórquez, le regaló el libro *El sutil arte de que (casi todo) te importe una mierda*, y para Daniel, el texto fue una epifanía. Encontró como marca



Piezas después de la primera quema.

Abajo: Entrada al refugio de barro de Daniel.



personal la del “fracasado exitoso”. Eso había sido y eso sería. Exitoso por haber salido del molde en busca de su felicidad, fracasado en todo lo que viniera en materia de retos mientras ejerciera como artista.

En el 2019, Daniel hizo su debut como ceramista. Primero, se encontró con Jessica Suárez, de Elemental Ceramic, y, sin pensarlo mu-



En Colombia hay cinco tipos de cerámica: indígena, tradicional popular, contemporánea, industrial y científica

cho, le soltó un “hola, quiero ser ceramista”. Y con Suárez el trabajo empezó siendo más lúdico. Luego, se dirigió al taller de cerámica de Lina Pardo, quien lo introdujo en el manejo de todos los tipos de barro, como la pasta blanca, la amarilla y la terracota de alta y de baja temperatura. De Lina aprendió que cada arcilla sirve para distintos fines, como el modelado manual, el torno, el laminado o el esmaltado, y por eso tienen varios acabados.

Entonces, llegó la pandemia y, confinado en casa, en su cuarto-taller-depósito, Daniel se lanzó a crear sus propios platos de cerámica, sin más guía que su intuición. En la virtualidad, se asoció con Sofía Pareja, dueña de La Oreja.rt, un blog de arte, y juntos impartieron talleres internacionales por videollamada. Gente de España, Argentina, México y Estados

Unidos estaba ahí, al otro lado de la pantalla, observándolo. Esa fue la primera vez que Daniel recibió una suma considerable dentro del oficio: 500.000 pesos colombianos.

En el 2023, viajó a Ráquira, en Boyacá, para conocer a Alexis Contreras, un artista plástico venezolano que desde los 13 años modela y maneja distintas técnicas en el torno, como la de doble anillo, el esmaltado con aleaciones de fuego, la técnica invertida o el doble movimiento descentrado. Contreras, que es reconocido por estudiar la filosofía de sentir el material y producir piezas con los ojos vendados, fue el encargado de enseñarle a tornear.

—Me hospedé un mes entero en la parroquia del pueblo. Pude hacerlo gracias a la gestión de un artesano mayor que todos conocíamos como don Reyes. La rutina era extenuante: me bañaba al llegar del taller de Alexis a las once de la noche con una manguera de agua helada y, al siguiente día, llegaba a aprender de torno desde las siete de la mañana hasta las ocho de la noche. Esa pedagogía fue salvaje. Tenía llagas en las manos. Además, por estar en una iglesia, no tenía red, era todo un ermitaño. Llegaba a las diez de la noche agotado y con sangre en las manos a mi alcoba, que olía a viejo y a sucio. En ese mes leí dos libros, eso era lo que hacía en las noches. Pero la meta era clara: tornear.

Así lo hizo y se cumplió a sí mismo.

—He sido muy atacado desde niño. Aun de adulto siempre quiero todo ya, pero el torno me enseñó a respirar. Hoy en día termino clases entre semana a las 9:30 p. m., y me quedo torneando una hora y media más; todos los días me acuesto a media noche.

Su oficio es casi ceremonial. Se sienta en su banca y, con todos sus sentidos presentes, humedece sus manos. Toma lo equivalente a un balón de fútbol americano, pero en arcilla, y pone la gran masa de barro en el centro del torno. Se hipnotiza viéndolo girar. No tiene pretensiones en la forma de lo que quiere fabricar, entonces permite que sus dedos bailen en el barro. Hoy quiere hacer una lámpara de cerámica con forma de dona, entonces empieza por amasarla como si estuviera haciendo pan.

Las estanterías.



Una vez que le ha dado forma, la pone a secar al aire libre, para luego llevarla a un primer proceso de quema, que le da una consistencia cerámica. La hornea durante ocho horas a temperaturas de entre 980 y 1020 °C, pero ahí todavía no tiene la versión final.

A la pieza recién horneada se le llama bizcocho. Bautiza el bizcocho en esmalte cerámico con minuciosidad, dotando a la pieza de su brillo característico. Explica que, en ese punto, ya se puede utilizar una gran variedad de esmaltes: añade pigmentos y detalles con pinceles para cerámica, entre otras ideas que le van surgiendo en el proceso.

Pero a Daniel no le gusta tanto llenar la superficie de colores y trazos, se va por el minimalismo. En seguida, sabe que para fijar los colores debe meter la lámpara a una segunda fase de horneado, a 1100 °C durante otras ocho horas. Entonces, entran la paciencia y cada una de las virtudes del ceramista, porque este es el paso en el que las piezas se quiebran o la pintura se puede desprender fácilmente. Una vez finalice este proceso de cocción, Daniel obtendrá como resultado otra pieza de su colección clásica, elegante.

Y, como si acabara de traer al mundo una vida, la toma con las manos y la apila en la gran mesa de cuencos donde todas son exhibidas.

—Se volvió un ritual, un lugar de reencuentro conmigo mismo. No traigo a mis amigos a tornear porque para ellos no es sagrado. Tiene que serlo. Antes tenía la costumbre de sentarme, poner incienso y untarme un poco de barro detrás de las orejas porque me hacía sentir cerca del material, ponía música elevada y empezaba. Cuando centro la pieza, voy viendo cómo se va moviendo y, de repente, se queda quieta entre mis manos. Es como si habláramos y la pieza me dijera: “Listo, mi rey, ya estoy preparada para ti, haz de mí lo que quieras, solo trátame con cuidado y aprende a decirme ‘adiós’, porque si tengo defectos, mándame al carajo”.

A Daniel no le preocupan muchas cosas, pero una que sí lo hace es la remuneración de sus maestros en el departamento de Boyacá, porque después de vivir con ellos y con artesanos de otros oficios, encontró insuficiente la visibi-



Mesa de cuencos apilados.

Abajo: La pared de cuadros, donde Daniel dejó el registro de su viaje a Ráquira.



lidad y sostenibilidad de la alfarería allí, en su propia cuna cundiboyacense.

—La olla gigante muisca o los jarrones de barro están perdiendo su valor cultural e histórico, y a la gente no le conviene pagar el precio que los elaboradores le ponen.

Le gusta la obra literaria de Santiago Gamboa, que lo hace sentir como ese fracasado exitoso, al reflejar las contradicciones y complejidades de la vida moderna, donde el éxito exterior no siempre se corresponde con la satisfacción interior. Y en su arte lo inspiran el maestro Carlos Castiblanco y el danés Eric Landon, mejor conocido como Tortus. Confiesa que se suele obsesionar con la gente por cómo tornea. Lo de Daniel siempre ha sido admirar a los artesanos, los que dejan en alto la elegancia de su oficio. **DB**

Vivimos en una ciudad salvaje que va muy rápido. El torno contradice eso

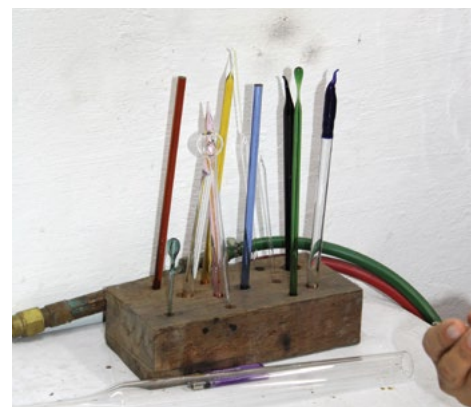
Entre aire y fuego

Texto y fotos: Mariana Castillo Uribe
castillour-mariana@javeriana.edu.co



1. Jorge Enrique Ayala, artesano de 65 años, se interesó por el mundo del arte desde los 14 años. Empezó con la técnica del vidrio soplado realizando productos para laboratorios, pero con el tiempo encontró en esta técnica una forma de expresión artística.

El vidrio es un material versátil, con el que se crean obras únicas que juegan con la forma, el color y la luz en cada reflejo. El artesano Jorge Ayala, quien domina la técnica del vidrio soplado, muestra el paso a paso para que una simple pieza de cristal se convierta en arte.



2. Para esta técnica se utiliza el vidrio borosilicato, un material reutilizado que se caracteriza por resistir grandes golpes térmicos y químicos, ideal para moldearse. La coloración de las barras de vidrio proviene de minerales como el hierro, el cobalto y el cromo.



3 y 4. El proceso comienza con la pipeta. El vidrio es sometido al fuego a una temperatura de 1360 °C, con lo cual se vuelve moldeable. En este punto, el artesano comienza a darle forma a la figura.



5. El artesano manipula el vidrio para estirarlo, alargando el material hasta alcanzar el grosor deseado. Una vez logrado, corta la pieza con un movimiento rápido que separa la sección que usará para la escultura.



6. Jorge dice que en las piezas de demostración suele improvisar. Sin embargo, en este punto del proceso, ya tenía en mente la forma que iba a hacer.



7. El artesano gira la varilla de vidrio sobre la llama para calentarla de manera uniforme, evitar tensiones en el material y preparar la pieza para el siguiente paso.



8. El aire es fundamental en la técnica del vidrio soplado. El artesano sopla el vidrio por la abertura, lo que provoca su expansión desde el interior. A medida que el material se infla, se forman burbujas que permiten moldear la pieza.



9. Mientras el aire expande el vidrio caliente, el artesano derrite otra varilla de vidrio azul y la fusiona con presión a la estructura transparente, asegurándose de que ambas partes se integren en una sola forma.



10. El artesano sigue derritiendo la varilla de vidrio azul para añadir más detalles a la figura.



11. En esta etapa, la figura está casi lista. El artesano sigue soplando para seguir ajustando el volumen.



12. El artesano fusiona las últimas partes de la pieza con ayuda del fuego, verificando que cada detalle se integre de manera correcta.



13. El artesano aplica calor para reforzar las uniones.



14. Una vez completa la figura, se retira la pieza del fuego y se deja que el vidrio se enfríe gradualmente para evitar tensiones o fracturas.



15. Después de un proceso en el que se usan fuego y aire, la pieza de vidrio cobra vida: un delfín transparente con aletas azules.



16. El trabajo del artesano no solo se basa en la técnica del vidrio soplado, sino también en conocer la anatomía de la figura que va a crear. Cada detalle, desde la forma del cuerpo hasta la posición de las aletas, debe ser preciso para lograr una pieza lo más realista posible.



17. Dentro de las piezas que Jorge hace, está la colección hogar, que incluye piezas diseñadas para la mesa. Por ejemplo, los pájaros son saleros y, además de ser decorativos, son piezas funcionales.



18. Diferentes piezas de la colección hogar, cada una con una función específica. En la imagen se pueden ver servilleteros, platos, botellas con tapas decorativas en forma de flores y toros, entre otros.

La promesa de Juliana Ríos

Texto y fotos: Paula Sofía Rodríguez Bolívar
paulasrodriguez@javeriana.edu.co

La artista visual colombiana Juliana Ríos retrata su perspectiva de la realidad guajira en *La Promesa*, expuesta en el Museo Santa Clara en Bogotá. En la obra honra la fe de su abuela y la devoción colectiva a la Virgen de los Remedios, a la vez que refleja tanto las historias de milagros en su familia como el realismo mágico de su tierra.

Le cuesta decir de dónde es: su madre es guajira, su padre es quindiano, ella nació en Armenia y creció en Cali; tiene la certeza de que su historia es una mezcla de caminares. Juliana Ríos Martínez es una artista de 37 años que tiene los pies bien puestos sobre la tierra y que habla y se ríe duro. Esos rasgos se reflejan en su pintura, que es directa. Ella se viste de manera informal y le gusta conversar. Su sonrisa es franca y sincera, de esas que inspiran cercanía y calidez.

Juliana aprendió a escuchar y a viajar con las historias del viento. También aprendió a recorrer el mundo mostrando su arte. Se graduó en la Universidad Javeriana de Bogotá de la carrera de Artes Visuales con énfasis Plástico y es especialista en Animación, de la Universidad Nacional de Colombia. En 2012, asistió al programa intensivo de escultura y pintura de la New York Academy of Art y en 2017 hizo el curso de Grabado Experimental con el maestro Swietlan N. Kraczyna en Braga, Italia.

Su trabajo ha estado expuesto en Colombia, Suiza, Cuba, Canadá, Inglaterra, España, Italia, Francia, Bulgaria y México, donde ha recibido múltiples reconocimientos. En 2019, fue becaria de Arts in Residence en Esbeek, Países Bajos, y en 2022 fue seleccionada para la exposición *Opposing Fiction*,

de la Fundación Amalgama, en Londres, y Barcú, en Bogotá. Este año hizo parte de la Bienal de Bregaglia, en Suiza.

Actualmente, su obra *La Promesa* está expuesta en el Museo Santa Clara, en Bogotá, una antigua iglesia fundada en 1629, que perteneció a la orden femenina franciscana de las Clarisas. El museo, representativo de la arquitectura barroca, cuenta con una amplia colección de pinturas y esculturas de los siglos XVII, XVIII, XIX y XX. En palabras de Juliana, es un espacio de "conversación entre el pasado y el presente", ya que los artistas pueden intervenir el lugar con una propuesta contemporánea. Allí, pinturas de ángeles, demonios y santos contrastan con la cotidianidad de las pinturas de esta artista.

La Promesa habita el museo de manera temporal e invita a reflexionar sobre el poder de la palabra, la cultura devocional y la riqueza espiritual de La Guajira, a partir de imágenes cercanas de la gente, los niños y las plantas de los patios. Es una obra pensada desde el territorio, que suscita reflexiones sobre el contexto social, cultural y político. La artista invita al público a caminar junto a los fieles, para completar el cuadro en vivo y pensar sobre las propias promesas.



Directo Bogotá (DB): ¿Cómo empezó a pintar?

Juliana Ríos (JR): Al principio quería estudiar cine. Soy de Cali, una ciudad muy cultural; crecí con el teatro, la danza y la música. Pero para poder presentarme a la carrera de Artes Visuales en la Javeriana tenía que hacer un portafolio, por lo que mi papá me inscribió en clases de pintura a los 16 años. Recuerdo que mi primera profesora de pintura, que se llamaba Gloria, me dijo que iba a ser pintora, y yo le dije: "No, quiero estudiar cine". Pero al final la pintura se volvió mi lenguaje.

DB: Muchos de sus proyectos tienen que ver con la tierra. ¿Cómo describe su conexión con esta?

JR: Cuando uno piensa en la tierra, tiene que pensar en el lugar en el que está parado, desde donde está arraigado, los orígenes y las raíces. Es el lugar en el que nacen los alimentos, desde donde nos conectamos con el mundo. Mi trabajo está muy relacionado con la identidad, desde ese lugar soy artista.

DB: ¿Qué significa para usted exponer en el Museo Santa Clara?

JR: Es una oportunidad para mi trabajo como artista, porque es un espacio para poder materializar muchos de mis conceptos. Entré a este museo por primera vez cuando estudiaba en la universidad, hace 17 años, para visitar la exposición de Andrés Serrano, uno de los fotógrafos latinoamericanos más reconocidos. Este es un lugar donde los artistas proponen esa relación entre el pasado y el presente, el vínculo entre la historia del arte y lo que está ocurriendo en el mundo contemporáneo.

DB: ¿Qué pasa por su mente y corazón cuando pinta?

JR: En mi mente estoy tomando una serie de decisiones prácticas, pienso en los colores, la composición y el tono. Me hago la pregunta: ¿para qué estoy pintando? Cuando se vive en una de las regiones más alejadas del país, como La Guajira, se reflexiona mucho sobre los privilegios. Hay gente que tiene que pasar por

La artista Juliana Ríos Martínez en el Museo Santa Clara.



Mi familia viene de historias de milagros



unos momentos superduros siendo niños, eso a mí me conmueve. Me gusta pintar los patios de las casas en Villanueva, en el sur de La Guajira, donde está mi taller. Es muy curioso porque el día que hay agua, el pueblo se llena de colores, todo el mundo lava la ropa y la cuelga. Lo que para algunos puede ser un motivo de queja, creo que puede ser una oportunidad para pintar: pintar los colores de las ropas que se cuelgan en los patios el día que hay agua.

DB: ¿Qué la impulsa a retratar a la gente en su cotidianidad?

JR: Me interesa contemplar la vida, ver cómo viven los otros me hace pensar sobre mi exis-

tencia. Hay muchas maneras de entender las artes, el arte contemporáneo es contextual, la gente se interesa por el momento en el que estamos viviendo. A mí me interesan los temas humanos, el amor, el sufrimiento, la guerra, el dolor y la esperanza de la familia.

DB: ¿Cómo se construye su estilo artístico?

JR: Como artista, uno tiene diferentes lenguajes; como pintora, estoy más cercana a la mancha y al color. Soy una pintora figurativa, me gusta contar historias, pues me nutro del mundo en el que estamos, utilizo fotografía y video como referentes para pintar, pero me interesa que mi pintura sea *matérica*, gestual, directa, sin lavar y que no parezca una foto. Puedo decir que soy una pintora impresionista contemporánea del Caribe colombiano.

DB: ¿Cuál es su ritual para crear?

JR: Pinto en el día, trato de estar tranquila, preparo mis colores y siempre tengo música. Tengo claro lo que voy a pintar, tengo libros alrededor para tener referencias de lo que estoy buscando. Para lograr eso hago *collage* con videos, reuniendo pedazos de videos, fotos e imágenes. Después arranco a pintar y puedo durar cuatro o cinco horas de corrido. Es un ejercicio de casi todos los días, es una disciplina, como un deporte que necesita un entrenamiento. Se tiene que estar en forma para poder pintar.

DB: ¿Cómo ha contribuido el ser madre en su proyecto creativo?

JR: Me ha dado una visión muy particular sobre la memoria. Uno tiene una memoria que hereda, que tiene que ver con la familia, el país y el contexto histórico. También hay una memoria que se construye con la vida: cuando tienes un hijo, decides qué vida quieres llevar por él. Mi recorrido como artista, mostrando mi obra en otros países, muestra otra realidad de ser mujer y madre; una en la que se tiene la opción de elegir qué ser. Hoy en día debemos ser muy conscientes de que la maternidad debe ser una elección consciente. Llevar a mi hijo al Centro de Desarrollo Infantil fue una cosa muy reveladora, pues hay mamás que van en uniforme: son niñas cargando niños. Es

La ofrenda que reposa en el retablo mayor. Se bajaron los santos para poder ubicar las pinturas.



una realidad muy dura que me conmueve y que también decidí plasmar aquí.

DB: ¿Cómo nace la idea de *La Promesa*?

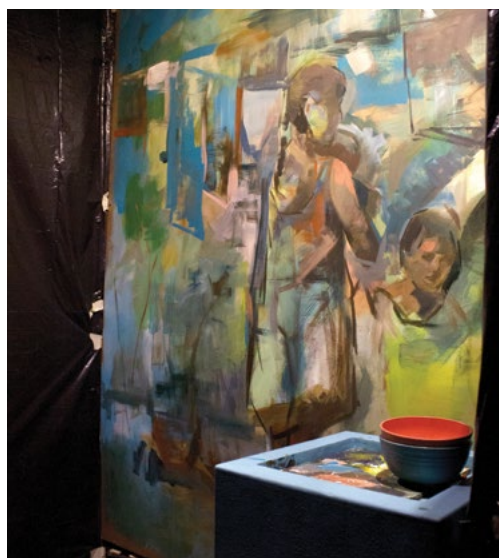
JR: Recoge mi trabajo de muchos años. Comencé a investigar sobre la memoria visual de La Guajira con fotografías de archivo de eventos sociales en las que muchas veces aparecía mi abuela. Vengo de un realismo mágico: mi abuela fue un personaje que parece sacado de una historia de García Márquez, mi familia guajira auténtica, mi vecina que vende el chance para comprar el chance... esto también es un lenguaje de esperanza, llevarse el número mágico. Mi pintura trata de representar eso que me conmueve, esa rareza de lo cotidiano es el realismo mágico.

En este proyecto también reflexiono sobre la devoción en Colombia a la Virgen de los Remedios, que representa mucho en la comunidad, especialmente en Riohacha, como símbolo de madre protectora. Esta imagen va más allá de lo religioso, tiene repertorios culturales. Con esta serie reflexiono sobre cómo siente y cómo vive la fe el otro, pero también desde la devoción de mi familia, honrando la promesa de mi abuela a San Rafael. Ella perdió la movilidad en las piernas y le prometió al santo que, si le permitía volver a caminar, ella iría todos los años a sus fiestas en El Pájaro, La Guajira. Para ello, tuvo que atravesar el desierto y lo hizo durante 60 años. La imagen de San Rafael y esas historias de milagros están detrás de toda esta exposición.

DB: ¿Cuáles son los ejes temáticos de la exposición?

JR: Es una obra de gran formato con cuatro ejes. El primero, llamado *La procesión de la Virgen de los Remedios*, presenta dos series de pinturas que recrean la atmósfera de la histórica procesión religiosa de Riohacha, vinculada a la festividad de la Virgen de los Remedios. Dentro de este mismo momento están las piezas de *El horario*, pinturas pequeñas que retratan la procesión desde las 6 de la mañana hasta las 8:10 de la noche, cuando se hacía por todo el pueblo.

El segundo eje es *La ofrenda*, que está dedicado a plantas y frutos —de tipo medicinal, orna-



La Virgen de los Remedios, desde la mirada latinoamericana de Juliana Ríos Martínez. En el cuadro también está el retrato de su hijo, Pedro.

Abajo: *La niña María* Pintura Mural. Las obras de la artista a menudo reflexionan sobre la vida en La Guajira.



Con mis pinturas siempre busco contar historias



mental y de comida— que crecen en Villanueva. Son pinturas que representan ofrendas a la Madre Tierra como forma de gratitud. Con ellas hago una reflexión sobre la sanación y la importancia del patio de las casas como el lugar donde se cultiva.

El tercer eje, llamado *La empatía*, es una animación en *stop motion*, una pintura que cobra vida al estar en movimiento, que captura la



Vengo de la
montaña y
del mar

Pintura bañada por un
rayo de sol, parte de
La procesión.

procesión en el pueblo y se acompaña de música procesional.

Por último, el cuarto eje, *La niña María Pintura Mural*, es la intervención en vivo en los corredores de los antiguos confesionarios del museo. Son pinturas que hablan sobre las madres adolescentes, retratos de niñas cargando muñecos. Hacen referencia a las imágenes de María cargando a Jesús o de María embarazada y dejan un contraste entre los datos de embarazo adolescente en La Guajira y la fuerte devoción a la figura de la Virgen.

DB: ¿Cuál ha sido el mayor reto en la creación de esta obra?

JR: Creo que no habría podido pintar esto en otra época. Tuve que pintar la exposición completa en un año, pero ya tengo encima veinte años pintando. Lo más difícil es saber qué pintar; estar en el museo y pensar en él me ayudaron a entenderlo. Otro reto fue el esfuerzo físico. Mido 1,60 metros y los cuadros son de 5,50 metros. Estar montada en andamios y escaleras para pintar una pared de 12 metros llena de bastidores cansa.

DB: ¿Cuál es la intención al elegir los colores en esta muestra?



JR: Es un estudio muy juicioso de las obras del museo, una decisión muy consciente de poder atravesar los espectros del color. Traté de entender muy bien los colores tierra, que son los protagonistas en la imagen central de *La procesión*; están muy cercanos a los colores del museo y hablan de lo humano. Al contrario, los colores de *La ofrenda* son más espirituales, de agradecimiento, lo que viene de las culturas ancestrales y de la religión católica, es mi agradecimiento también.

DB: ¿Cuáles son esas plantas y frutas que la acompañan en esta exposición?

JR: Son hartísimas, el patio de mi vecina es una locura y el sur de La Guajira es un territorio supremamente fértil. El sur como frontera entre Colombia y Venezuela; la última parte de la cordillera de los Andes con la serranía del Perijá era una de las despensas agrícolas más importantes del país. Al estar al lado de la montaña hay mucha agua, Villanueva es un pueblo donde se escupe una semilla y nace una mata. En los patios hay unas plantas rarísimas, como tamarindo, anón, guayaba; diferentes tipos de plátano, yuca, ahuyama, papaya, níspero y aguacate, que sirven como alimento y medicina.

DB: ¿Qué viene próximamente?

JR: Cuando se es artista, esto no es una carrera, es una maratón, una cosa de aguante. Esta exposición me puso en contacto con una galería en Nueva York, que también tiene sede en Bogotá, con el galerista León Tovar. Apenas estamos comenzando. Sé que vienen nuevos proyectos, pero lo que tengo que hacer es pintar. Para mí el futuro es seguir haciendo lo que he hecho, la vida me va mostrando qué pintar, eso lo sé con certeza.

DB: ¿Cuál es la promesa de Juliana Ríos?

JR: Me he prometido varias cosas en este camino de ser artista; una es seguir insistiendo en hacer lo que amo hacer y, dos, es ser fiel a lo que me interesa. Seguir siendo curiosa es una gran promesa, nutrirme, experimentar y probar para seguir disfrutando de lo que hago: seguir creando. **DB**

La fluidez **del cristal**

Marta Isabel Ramírez es una artista colombiana que convirtió el vidrio en un lenguaje propio. Reconocida por sus piezas inspiradas en el agua, ahora explora otras formas de la naturaleza sin perder la fluidez que define su obra.

Texto: Elena Bermúdez Rivera
elena.bermudez@javeriana.edu.co

De espaldas a un *showroom*, donde exhibe algunas de sus esculturas de vidrio que parecen congelar el movimiento del agua, Marta Isabel Ramírez sostiene un fragmento de vidrio roto y afilado. Una llama azul emerge de un soplete y, cuando toca el vidrio, se transforma en un naranja intenso. El cambio en el color del fuego anticipa la transformación del vidrio, que comienza a ceder ante su calor. Mientras da vueltas con lentitud en las manos de la artista, este



Hybridus, nuevas naturalezas. Foto: Marta Isabel Ramírez.



Marta explora el vidrio como un material que puede reciclarse y transformarse

La artista moldea el vidrio con la técnica de *lampworking*, un proceso que utiliza el calor de un soplete para dar forma a las piezas. Foto: Marta Isabel Ramírez.



se olvida de su solidez para convertirse en una melcocha que cae sin desafiar la gravedad. “A veces me da pudor decir que soy artista porque no es mi profesión”, piensa en voz alta Marta Isabel, interrumpiendo el ruido monocorde que genera el soplete en su taller.

Su espacio de trabajo está ubicado en la planta baja de su casa, que queda en una esquina silenciosa bogotana en Colina Campestre. El patio trasero de la casa familiar se transformó en un taller que recibe la luz del día a través de la marquesina donde ahora suena la lluvia capitalina. Vidrios rotos, varillas, balones de destilación, tubos de ensayo y más elementos de vidrio yacen en cajas, mesas y repisas por todo el taller.

Ese espacio guarda el recorrido de una artista colombiana que, por su trabajo en vidrio, ha sido invitada a bienales de arte en Costa Rica, Bulgaria, Argentina y México —donde el año pasado obtuvo el primer puesto en la Bienal de Arte en Vidrio Iberoamérica—, entre otros países. Mientras un geranio y una enredadera se extienden por una de las paredes del patio interno, las demás exhiben fragmentos de vitrales, jarrones, piezas de diseño utilitario y esculturas que imitan el *splash* del agua.

Como estudiante de diseño industrial en la Universidad Nacional de Colombia, esta bogotana tuvo su primer contacto con el vidrio

en una clase de vitrales en la que descubrió su camino. Luego, viajó a Italia para aprender vitralismo con el maestro Augusto Ranocchi. Regresó a Colombia para seguir explorando las diferentes posibilidades del vidrio y pasó por el diseño de piezas utilitarias hasta que decidió moldearlas con sus propias manos.

“Aunque el diseño también tiene muchísimas variantes y vertientes, la seducción por el arte y esta necesidad de expresarme a nivel plástico, sí se salía un poco de los parámetros tan estrictos y cuadriculados del diseño. Y el vidrio tiene otras connotaciones en el arte contemporáneo, pero en otros países. En Colombia estamos muy crudos en la expresión escultórica en vidrio; incluso se asocia a las artes menores, a los oficios”, dice.

Fue así como, en búsqueda de nuevos referentes y formaciones en este material, Marta terminó en Corning, la meca mundial del vidrio. Ubicada en Nueva York, esta empresa ha innovado en el manejo del vidrio desde hace más de 160 años y funciona como centro de investigación, producción, exhibición y educación. Además, cuenta con la biblioteca y el museo de este material más grande del mundo.

Corning recibió a Marta en 2011 para su primer programa de formación, y luego la acogió nuevamente en residencias artísticas en 2012 y 2013. Allá adquirió su estilo personal, por el cual ahora es reconocida como “la artista del agua”. Con referentes como Shinichi Maruyama, quien fotografiaba el movimiento del agua, ella descubrió la fluidez que el vidrio guardaba, y así su obra se convirtió en una oda al agua, en una crítica a la contaminación de este recurso y en un llamado al cuidado de la naturaleza.

Mediante el ensamblaje de piezas de vidrio borosilicato trabajadas al soplete, Marta creó *Dosis personal*, una obra con un tono irónico que imagina un futuro cercano donde la escasez de agua dulce lleva a los gobiernos a regular su consumo en cápsulas diarias. En ellas, un remolino de agua parece quedar suspendido en pleno movimiento mientras cae y salpica las paredes cristalinas que la encierran.

Adrián Ibáñez Galería, el espacio que presenta su obra en el Distrito del Arte en San Felipe,

acoge esta y otras de sus piezas artísticas. Con formas que parecen sencillas, pero que llevan esfuerzos de creación y ensamblaje a través de la compleja técnica del fotocurado, la inspiración que Marta tiene en el agua y la naturaleza se materializa en esculturas en las que se destacan la transparencia, la levedad, lo etéreo y el dinamismo. “Algo que la distingue de otros artistas que utilizan el vidrio es la intención y la forma como sus conceptos siempre sostienen esa intención. Su obra es fresca, es poesía en vidrio”, expresa Adrián Ibáñez, galerista que la representa.

Al cruzar el *showroom*, antes de llegar al taller, su escritorio y su biblioteca artística revelan más referentes que han influenciado su camino artístico. Libros de arte, fotografía y diseño en italiano, francés, inglés y español reposan en las estanterías junto a miniaturas de vidrio y fotografías de su hijo, Antonio; de su esposo, Andrés, y de sus hermanas. Entre las figuras de vidrio se encuentran regalos que sus maestros y compañeros le han dado.

“Este me lo hizo mi maestro del Veinte de Julio, Mario Maldonado. Este es hecho por Emilio Santini, y este, por Gianni Toso, maestros que tuve en Corning. Esto me lo trajo un novio romano”, muestra Marta mientras pone en sus manos el cisne, el gato, el jarrón y otras figuras de vidrio. Quizá las piezas más importantes en su estantería son los cuatro caracoles de Murano que su hermana Constanza le regaló hace más de cuarenta años, cuando aún estaba en el colegio.

“Constanza se fue a vivir a Italia y la primera Navidad que estuvo por fuera fue muy linda, porque nos llegó un paquete de ella. Había escogido para mí esta familia de caracoles comprados en Venecia. Lo curioso es que en el momento en que ella me regaló eso yo estaba lejos de pensar que mi oficio iba a ser el vidrio. Pero ella sí lo sabía, tuvo la visión”, recuerda Marta y ubica los animales de vidrio sobre el escritorio. Al pie de los caracoles también tiene libretas y bitácoras donde registra sus ideas y el paso a paso para llevar a cabo un diseño y luego ensamblarlo.



Su naturaleza como diseñadora se evidencia cuando planea de inicio a fin cómo hacer una escultura: los materiales, las herramientas que necesita para ensamblarla y las medidas. “Marta es una persona con un carácter fuerte. Tiene clara una idea y la agota en todas sus posibilidades. Su intensidad y persistencia, el carácter obsesivo, perfeccionista, controlador de los detalles, de los acabados, su capacidad de denuncia, de postura política y expresión esté-

Su obra *Válvulas de presión* representa cómo vivimos con prisa, sin pausa y con el grifo siempre abierto. Foto: Marta Isabel Ramírez.

Marta en Andrés Ibáñez
Galería, con su obra
Dosis personal. Foto:
Andrés Sicard.

tica se expresan en su obra y se reflejan en su carácter”, comenta Andrés Sicard, diseñador industrial y esposo de la artista.

“Cuando está en el proceso de pensar una idea, conversa hacia dentro en sus dibujos y sus libretas de apuntes”, sostiene Andrés. En una de ellas registró el paso a paso de *Válvulas de presión constante*. El dibujo es muy parecido al resultado final y esto se debe al amplio conocimiento que ella tiene del vidrio. En múltiples ocasiones, Marta Isabel se presenta bajo un concepto que ella misma acuñó: *glass thinker* o “vidrio-pensadora”. Para ella, la única forma de trabajar este material como artista y diseñadora es pensando en él, conociendo sus límites, sus capacidades y sus cualidades.

“Cuando daba una cátedra en la Universidad de los Andes, les decía a mis alumnos que, más que enseñar, quería compartir una manera de pensar en el vidrio. Solo untándote de vidrio, casi cortándote y quemándote, es como realmente piensas en el material. Esa es la única manera de trabajar con él y de expresarse con él”, dice ella. En ese proceso, Marta ha desafiado su perfeccionismo y su autoexigencia, pues ha aprendido a dialogar con el vidrio para ponerse de acuerdo con él.

Si bien algunos de sus diseños, como *Válvulas de presión constante*, se vuelven realidad de forma casi idéntica a su planeación, Marta ha aprendido a escuchar la voluntad del vidrio y del fuego y a romper la estructura que tiene en la cabeza. “Termino sufriendo porque soy bastante obsesiva, muy exigente conmigo. Soy *superhiperperfeccionista* en todo: en la fotografía de mis piezas, en la obra, en la escritura del proyecto...”, asegura.

Paradójicamente, eligió una forma de emplear la técnica *lampworking* que la obliga a confiar en la fluidez del vidrio y en la incertidumbre de lo que puede ocurrir con la gravedad una vez el material se vuelve líquido. Esta técnica consiste en modelar vidrio borosilicatado —que resiste fuertes cambios de temperatura— utilizando una llama generada por un soplete. El calor ablanda el vidrio y esto permite que Marta lo moldee, estire o fusione para crear figuras detalladas. En algunos casos, el vidrio adopta las formas que ella ha imaginado en



sus bocetos, pero en muchos, se resiste y él mismo, en su transformación a líquido, propone nuevos diseños. Así, al momento de prender el soplete y encontrarse con el vidrio y la llama, Marta se olvida de su perfección y se propone escuchar la voluntad del material.

“Más allá de la técnica, que también permite ser absolutamente estricta, es mi obra la que me permite ser tan libre. La obra que concebí y el hilo conductor de mi producción me hacen estar en un diálogo de generosidad con el vidrio y el fuego. En algunos momentos puedo predecir hasta dónde quiero ir, pero en otros el vidrio me va hablando”, cuenta, y agrega: “Tal vez es en lo único en lo que fluyo sin ser tan estricta conmigo ni con los resultados. Ahora, mientras lo digo en voz alta, lo estoy descubriendo. Es la única manera de estar un poquito más ligera”.

El año pasado, Marta Isabel obtuvo el segundo puesto en la Green Exhibition de Berlín con su obra *Dosis personal*. Este es un premio otorgado por Glass Art Society, una organización internacional fundada en 1971 que reúne a artistas, diseñadores, académicos y entusiastas del vidrio como medio de expresión artística.



El estilo de
Marta está
inspirado en
las fotografías
de Shinichi
Maruyama

Este año, el comité le pidió ser jurado de las obras postuladas.

Su taller, que suele estar ambientado con las voces de cantautores españoles como Silvia Pérez Cruz, se encuentra en una pausa creativa, pues ahora se oye el tecleo que Marta hace al tomar apuntes detallados de cada uno de los conceptos que lee de las obras que debe evaluar.

Su perfeccionismo vuelve a relucir en esta tarea, pues debe revisar 45 obras y, junto con otros dos jurados, elegir las ganadoras. “Yo sé que hay gente que califica rápido y de manera más superficial, pero yo soy nerda, ¿sí?”, dice entre risas. “Todos los conceptos los pego en un Word con las fotos para después evaluar, porque solo así, leyendo a profundidad y mirando uno por uno, puedo tener herramientas para calificar”.

En esta ocasión, su *nerdez*, como ella la llama, se alimenta del fuerte interés que siente por la temática que aborda la Green Exhibition. Esta exposición anual invita a los artistas a mostrar cómo incorporan la sostenibilidad en su práctica. A su vez, es una exhibición digital, seleccionada por el jurado que Marta compone, cuyo fin es reducir el impacto ambiental al evitar los envíos internacionales de las obras.

Desde hace un tiempo, Marta piensa su obra desde esa inquietud por el medio ambiente y la naturaleza. Y aunque es algo evidente en su aproximación al agua, también es una temática que busca profundizar desde otros lenguajes y aproximaciones. Por ejemplo, *Raíces de manglar* es una lámpara que sigue su línea de la fluidez, pero busca representar la naturaleza desde el vidrio. *Hybridus* gira en torno a naturalezas inventadas, donde dibujó flores y plantas inexistentes que luego materializó en vidrio.

“El agua, para bien o para mal, me ha dado un lugar, pero también me encasilló. Tengo ganas de explorar otros temas, de mezclar el vidrio con el dibujo o la fotografía, de hablar más del medioambiente, pero el mercado y las expectativas me han mantenido en esta línea. Me encanta crear, pero me niego a producir solo para responder a una demanda”, reflexiona mientras fija la mirada en un cúmulo de raíces que

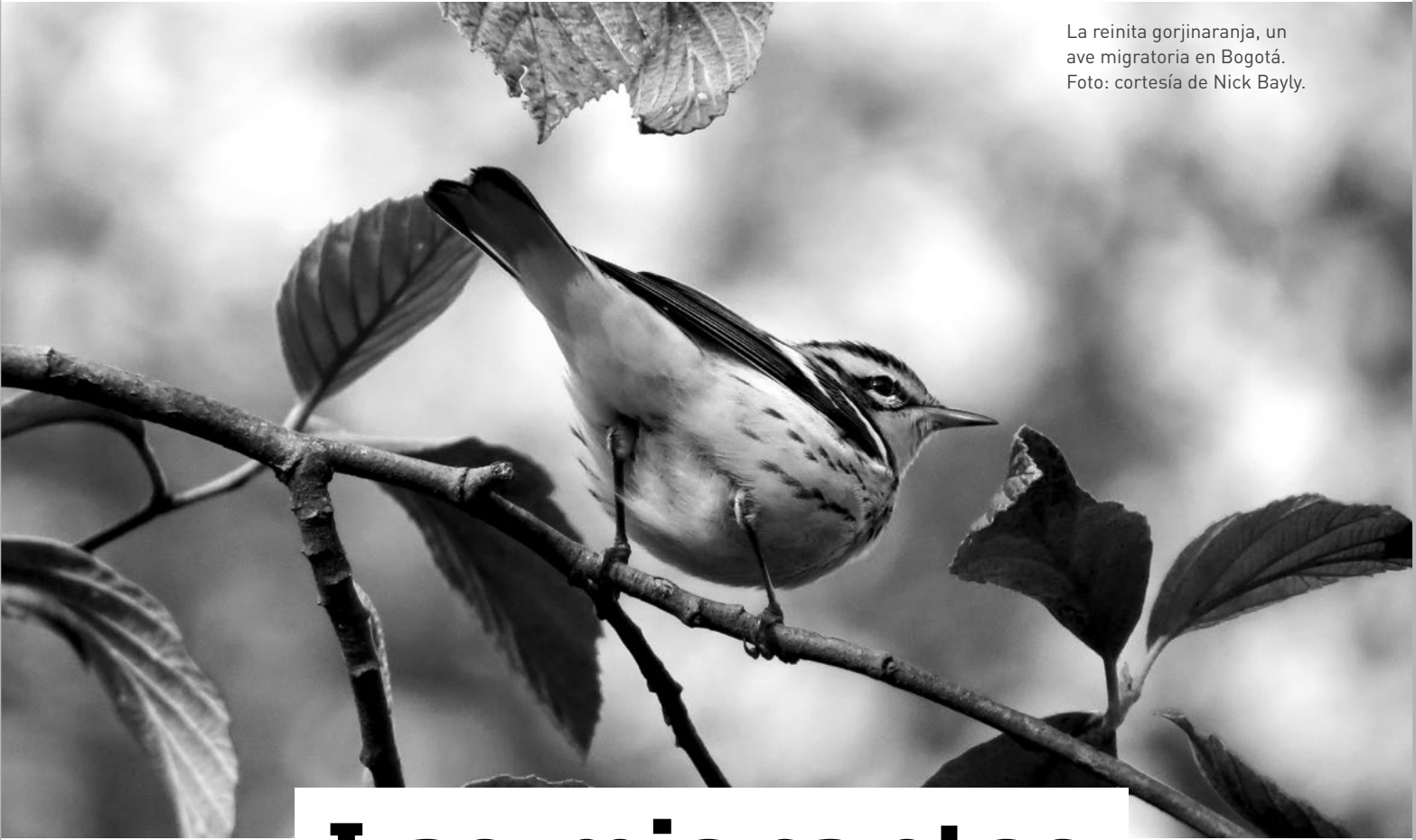
tiene en una esquina de su taller hace cuatro años, esperándola para un proyecto.

Su apuesta por contar algo distinto se ha gestado durante años. Desde el inicio, pensó su obra con una mirada sostenible, explorando la capacidad del vidrio para reciclarse y transformarse, pero ahora sus nuevos proyectos suponen un giro hacia lo natural. Así, continúa su búsqueda por abordar otros lenguajes que la lleven a reconectar con la misma libertad y ligereza que siente al estar con un vidrio en la mano frente al fuego. ^{DB}

Su obra *Raíces del manglar* fue creada como un tejido con hilo de vidrio. Foto: Marta Isabel Ramírez.



La reinita gorjinaranja, un ave migratoria en Bogotá.
Foto: cortesía de Nick Bayly.



Las migrantes de América

Texto: Sophie Echappé Palomino
so_echappe@javeriana.edu.co

Fotos: Sophie Echappé Palomino
y Nicholas Bayly

Las aves migratorias viajan a lo largo del continente guiándose por medio del cielo, la tierra y las estrellas. Sin embargo, el cambio climático, el urbanismo y la destrucción de los ecosistemas pueden transformar por completo su rumbo, como afirma el biólogo y ornitólogo Nicholas Bayly, quien se ha dedicado a estudiar a estos animales en Colombia.



Aunque Nicholas Bayly investiga la migración de aves desde hace más de 20 años, el avistamiento sigue siendo uno de sus pasatiempos favoritos. Todo comenzó cuando su hermano mayor empezó a observarlas, y él, como buen hermano menor, siguió sus pasos.

En el 2005, Bayly llegó a Colombia gracias a un proyecto de anillamiento de aves, una técnica que rastrea los viajes y movimientos de las especies mediante un pequeño dispositivo. Sin embargo, la fascinación por nuestro país ya estaba presente desde que él tenía 16 años y veía documentales sobre estos animales. Entonces vivía en Inglaterra, el país en el que nació y estudió. Allí hizo la carrera de biología en la reconocida Universidad de Oxford y cursó su doctorado, que orientó hacia las aves migratorias, en la Universidad de Sussex.

Hoy reparte su trabajo en 12 de los 32 departamentos de Colombia, así como en la mayoría de los países de Centroamérica y en Magdalena, provincia de Buenos Aires, en Argentina. Desde Selva, una asociación para la investigación y conservación del neotrópico, estudia, junto con un equipo de biólogos y ornitólogos, los procesos migratorios de las aves, su cuidado y protección. Además, es director del Área de Ecología de la Migración en Selva, cuya principal sede está en el barrio La Soledad, en Bogotá.

Desde la puerta de su oficina se alcanzan a ver los cerros bogotanos. Mientras resuena un constante martillar de las obras de la calle 41, se oyen los sonidos de los pájaros. Al entrar, en el costado izquierdo reposan retratos de dos colibríes, uno de ellos en peligro de extinción; además, hay fotografías de una tangara de montaña, de una eufonia gorricanella y de una rana venenosa. Allí, Nicholas habla animado de su trabajo y, sobre todo, de las aves, sus costumbres migratorias y los desafíos que enfrentan para su supervivencia.

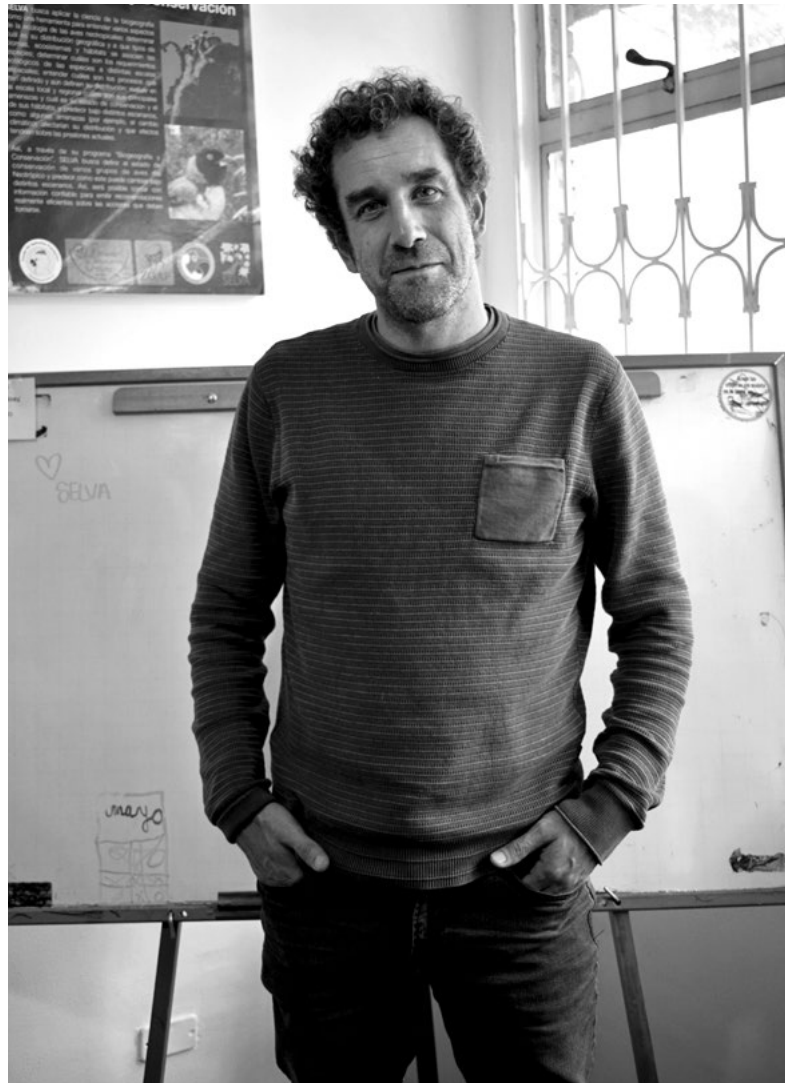
Directo Bogotá (DB): ¿Cómo es el proceso de adaptación de las aves cuando llegan a un nuevo hábitat?

Nicholas Bayly (NB): Ellas toman cierto tiempo, pero se adaptan mucho más rápido de lo que uno podría esperar. Las aves pueden estar

volando cientos de kilómetros, a veces hasta 1.000 kilómetros en una sola etapa de vuelo. Llegan a un lugar de parada que, por lo general, es completamente desconocido, porque los lugares cambian en cada migración dependiendo de los vientos y las condiciones que encuentren. Los lugares que usan durante la migración son básicamente para recargar sus reservas energéticas.

Las aves migratorias son supremamente adaptables, porque muchas de estas nacen en Norteamérica, vienen migrando, cruzan el golfo de México y a veces también el mar Caribe en un solo vuelo y llegan a La Guajira o a la Sierra Nevada de Santa Marta. Quizás ellas están programadas para ser menos sensibles a esos cambios.

Nicholas Bayly nació en Inglaterra y vive en Colombia desde el 2005.





Las aves pueden llegar a un lugar equivocado que no tiene los recursos óptimos para ellas. Puede que no sea mortal de forma inmediata, pero sí tiene una serie de efectos en cadena



Bogotá es un punto de parada importante para muchas especies de aves migratorias.

DB: ¿Cuánto tiempo en promedio permanecen en un lugar para después volver a migrar?

NB: Puede ser una parada de dos o tres días o hasta dos semanas. Depende de muchos factores. Uno, la cantidad de comida disponible en el ambiente, por supuesto, porque para ellas hay un nivel óptimo de energía que necesitan para tener de reserva. Dos, influye mucho la distancia que les falta para llegar a su destino. Si están cerca de su destino, pues no necesitan parar tanto. Esas paradas pueden variar mucho y depende de la especie.

Algunas especies tienen una estrategia de hacer saltos grandes. Pueden salir del bosque boreal de Canadá, hacen un salto grande hasta algún sitio cerca de Florida o el golfo de México y de ahí saltan al Caribe y llegan a Colombia, y luego hacen un salto más para ir al Amazonas, por ejemplo. Pero hay otras especies que son más 'gallinas' o prefieren la ruta fácil y hacen paradas constantemente y pueden dividir toda esa ruta migratoria en unas 10 o 15 etapas. Las paradas son mucho más cortas, porque las etapas de vuelo también lo son; entonces no se tienen que quedar tanto tiempo, porque las necesidades energéticas son menores.

DB: ¿Hay especies que han migrado a Colombia de manera anormal en los últimos años?

NB: Diría que hay algunas especies que, más bien, estamos perdiendo de Colombia, porque la época reproductiva se está moviendo gradualmente hacia el norte, y el cambio climático está haciendo que las condiciones necesarias para ellas se encuentren más arriba.

Algo que se espera con el cambio climático y también con los declives poblacionales en especies, en respuesta también a la destrucción de los hábitats de los cuáles dependen, es que cada vez más aves empiecen a hacer movimientos más impredecibles y erráticos, buscando dondequiera que haya condiciones que sean apropiadas. Este es un fenómeno que se ha visto en especies que ya están declaradas como extintas, por ejemplo el zarapito fino (*Numenius tenuirostris*) y el zarapito boreal (*Numenius borealis*). Justo antes del final,

las aves empiezan a aparecer en lugares muy inesperados, lo cual es casi una respuesta al no encontrar con quién reproducirse.

DB: ¿Bogotá es un punto de parada significativo?

NB: Es un punto importante. Lo que era la sabana de Bogotá históricamente no es lo mismo de hoy, pero lo que se evidencia es que hay una gran diversidad de especies que pasan por la ciudad y a veces paran grandes cantidades. Entonces, cuando uno rastrea la ruta de las aves, muchas de las especies que vienen hacia Suramérica y que van a seguir hasta el Amazonas, o quizás a los Andes de Ecuador y Perú, entran por el Darién. Y, siguiendo la dirección del Darién, si extiendes esa línea directo hacia el Amazonas, pasa por Bogotá.

Lo que suele suceder también es que muchas aves vienen subiendo y se dan cuenta de que no hay cómo pasar la parte más alta de la cordillera y tienen que quedarse en Bogotá.

DB: ¿Cuáles son los desafíos que encuentran las aves al volar por Bogotá?

NB: No pueden ver a dónde ir, porque está completamente nublado cuando es temporada de lluvias. Ellas requieren ver las estrellas o el





El zorzal canela es un ave que hace uno de los recorridos más largos del continente. Aquí, en el Parque Simón Bolívar. Foto: cortesía de Nick Bayly.

cielo para poder navegar y seguir emigrando. Si entran en una nube, se pierden ahí.

Además, Bogotá tiene mucha luz artificial y las aves no son tan diferentes de las polillas en el sentido de que responden fuertemente a fuentes de luz. Entonces, las luces de Bogotá muy probablemente están atrayendo a las aves. Hay días en los que uno puede ver hasta 1.000 individuos de aves migratorias en el parque Simón Bolívar, por ejemplo.

Bogotá tiene aspectos positivos para ellas. Los humedales, por ejemplo, son excelentes hábitats para las aves migratorias porque generalmente tienen mucha comida, pero tiene un lado negativo: la luz artificial puede desorientarlas, y eso tiende a generar colisiones con edificios o torres de comunicación, entre otras cosas. Estamos empezando a entender la magnitud de esa mortalidad. Ese es un peligro para ellas, porque cuando las ventanas son reflectivas, ellas ven el espejo y siguen volando hasta que chocan.

DB: ¿Cómo la calidad del aire de Bogotá puede afectar ese proceso migratorio?

NB: Parte del sistema de navegación de las aves está en función del olfato. En muchos de los experimentos de hace 60 o 70 años, que fueron con palomas mensajeras, se dieron cuenta de que utilizan el sol, las estrellas o el

campo magnético de la Tierra para navegar cuando están muy lejos. Pero a medida que se van acercando al punto final, el olfato se convierte en una de las principales herramientas que utilizan para decir “¡uy, me estoy acercando a mi casa!”. Pues, claro, las tierras bajas tienen un olor muy diferente al de un páramo, por ejemplo. Entonces, ¿qué hace el humo? El humo quita el olor completamente.

DB: ¿Cuáles son las principales consecuencias de la desorientación de las aves?

NB: Pueden llegar a un lugar equivocado que no tiene los recursos óptimos para ellas. Eso puede que no sea mortal de forma inmediata, sino que simplemente tiene una serie de efectos en cadena. No vas a poder conseguir suficiente comida, entonces tu condición física va a ir disminuyendo. Quizás no las va a impactar mientras están acá en Colombia, por ejemplo, pero a la hora de intentar migrar es cuando esto puede empezar a tener un impacto, pues migran más lento o llegan a los sitios de reproducción demasiado tarde.

Es decir, hay una carrera para llegar a esos sitios, para que cada ave agarre el mejor territorio y que todo el proceso de reproducción esté perfectamente sincronizado con la explosión de recursos que están aprovechando esas aves migratorias cuando van a Norteamérica.

Muchas de las aves migran desde el norte hasta el sur de América, en un recorrido de miles de kilómetros

W

Hay días en los que uno puede ver hasta 1.000 individuos de aves migratorias en el Parque Simón Bolívar

W

La asociación Selva busca plasmar en acciones el conocimiento científico sobre la conservación de aves.

La otra es que la desorientación es tan fuerte, que simplemente el ave sale hacia el mar y sigue volando hasta que se queda sin energía y muere. Esa desorientación puede tener varios efectos que conducen a los declives poblacionales que estamos viendo. Es un fenómeno más común en las aves migratorias que en especies que no migran o residentes.

DB: ¿Cómo puede afectarlas el desequilibrio de los ecosistemas en los puntos de parada?

NB: Hay dos procesos que están afectando lo que encuentran esas aves cuando llegan a los sitios. Por un lado, la destrucción del hábitat: lugares que antes eran boscosos y llenos de arbustos y árboles que producían fruta, por ejemplo. Por el otro, el cambio climático. Con esto las lluvias no llegan, o vienen temprano o tarde y, en los trópicos, la lluvia es el principal motor de los cambios fenológicos en las plantas, pues determina cuándo van a florecer y cuándo van a producir frutas; en los bosques secos, cuándo van a sacar las hojas, etc. Y el momento en el que las aves llegan allá debería coincidir con el momento en que los árboles están, por ejemplo, fructificando.



DB: ¿Qué pueden hacer las personas que no tienen un conocimiento científico profundo sobre las aves para preservarlas y cuidarlas?

NB: Pueden seguir contribuyendo con información que ayude a nuestro conocimiento científico sobre las aves. Por ejemplo, con la plataforma *E-bird*, que está abierta a cualquier persona para utilizar y subir sus registros de aves. Uno no tiene que ser experto, pero cada punto en el mapa cuenta. También pueden sembrar árboles, arbustos o plantas que provean recursos a las aves.

Una de las principales razones para los declives en aves migratorias y muchas otras especies en el contexto de Colombia es la deforestación. No solo al tumbiar bosques grandes, sino también al tumbiar árboles en cultivos de café o en los potreros. Eso de “dejar todo limpio” tiene un impacto fuerte sobre las aves porque la gran mayoría de las especies de aves en Colombia utilizan árboles. Para mí cada uno de ellos cuenta, cada árbol ya es un hogar para un ave, dos aves o más. Por ejemplo, sembrar especies que producen frutas para ellas, o que son muy buenos para insectos o que tienen flores que pueden ser visitadas por colibríes, es dar aún más recursos.

DB: ¿Cómo ha sido el trabajo con las comunidades para conservar las aves?

NB: Hay interés de las personas por cambiar y lo que hemos intentado con varias comunidades en el Tolima o en la zonas cafeteras de Cundinamarca, por ejemplo. Se trata de capacitar a los locales en el proceso de restauración ecológica, acompañando procesos para recoger o rescatar semillas desde los bosques, germinarlas y cuidarlas.

En el último año y medio hemos trabajado con el municipio de Santa Rosa, en la bota Cauca. El 90 % del municipio sigue con bosque, tiene varios parques nacionales y hay un esfuerzo desde la comunidad para declarar lo que se conoce como una “zona de reserva campesina”. Su función es limitar la expansión de la frontera agrícola y proteger los ecosistemas que hay. **DB**



Texto y fotos: Carol Barbosa Leal
c_barbosa@javeriana.edu.co

Turmequé es el nombre de un deporte declarado patrimonio cultural inmaterial de Colombia, también del municipio boyacense donde nació esta tradición y de un negocio donde los amantes de esta actividad se reúnen a reventar mechas en Bogotá. Historia de un lugar en Fontibón donde el tejo no solo se juega, sino que también se vive.

Ubicado en la calle 16J # 103A-20, cerca del parque principal de Fontibón, Turmequé fue fundado por cuatro hermanos que llevaron su amor por este deporte, desde su pueblo natal (Turmequé, en Boyacá) hasta Bogotá. Ellos encontraron en este deporte tan colombiano un modo de vida, una manera de entender la amistad y un negocio. “Nos tomábamos nuestras politas y jugábamos, pero nunca competíamos”, cuenta José Miguel Sierra, uno de los hermanos y actual administrador del sitio. Hoy, su negocio no solo mantiene viva la tradición y trae a la ciudad un pedacito de su municipio, sino que lo lleva al siguiente nivel con torneos quinquenales, donde incluso participan jugadores de la Liga Profesional de Tejo, como también se le conoce a esta disciplina y al disco metálico que se arroja durante el juego.

Mechas, polas y barro



Este deporte fue inventado por los muiscas, quienes lo empezaron a practicar desde hace más de 500 años



Lili Prieto en su cancha de la suerte.



Ricardo antes de embocinar.

Turmequé se ha convertido en un lugar tradicional donde todos son bienvenidos, porque mantiene el estilo tradicional del tejo. Las paredes están pintadas con los colores representativos de la bandera de Bogotá: rojo y amarillo, y decoradas con carteles de cervezas populares. El techo está cubierto con tejas de aluminio de distintos colores y tamaños, algunas traslúcidas para darle luz natural al lugar.

Desde la entrada, Turmequé deja claro cuál es su esencia. A todo volumen suenan clásicos de la música popular colombiana: Darío Gómez, Luis Alberto Posada y El Charrito Negro acompañan el bullicio de los jugadores y el sonido de las mechas, que se mezclan con las voces de quienes celebran un buen lanzamiento y de aquellos que corean las canciones a todo pulmón.

Al cruzar la puerta, el recibimiento es directo: “¿Medio petaco o uno completo?”, pregunta José Miguel. En Turmequé, el pago por el uso de las canchas se hace a través del consumo, principalmente de cerveza, aunque también ofrecen platos típicos como papa chorreada, carne asada, morcilla y longaniza. Aquí, jugar y comer van de la mano.

Las dinámicas del juego son casi tan diversas como sus clientes. Coinciden jóvenes y adultos, hombres y mujeres, expertos y principiantes. Algunos llegan en grupos de amigos buscando una tarde de entretenimiento y esparcimiento, mientras que otros lo toman en serio, practicándolo con la misma disciplina de un deporte de alto rendimiento.

Hay quienes prefieren el tejo tradicional y otros que optan por el llamado maxitejo. Este último es una variación que “carece de reconocimiento”, según Ricardo Casas, un jugador de 49 años que lleva casi la mitad de su vida practicando este deporte y quien además se dedica a fabricar canchas personalizadas. “Si te das cuenta, en Bogotá ya hay muy poco espacio con esa longitud para poder jugar. Entonces, ya por la urbanización de la ciudad no hay espacios para tener una cancha de 19 metros”, explica.

No obstante, la esencia del juego se mantiene: lanzar el tejo con precisión y fuerza, apuntando

al bocín, dejando la herradura metálica incrustada en la arena. Ahí está el reto y la diversión.

Lili Prieto, la esposa de Ricardo, cuenta que, de sus 56 años, lleva cinco practicando el deporte. Y empezó a reventar mechas influenciada por su esposo, quien no solo le enseñó a jugar, sino que le transmitió su pasión. Al principio, lo veía como una simple distracción, una actividad más para compartir tiempo con Ricardo. Pero con el tiempo, el tejo pasó a ser una parte esencial de su rutina.

Su interés ha crecido tanto, que ahora no solo juega con regularidad, sino que también ha comenzado a desarrollar su propia relación con el deporte. Ha reunido una colección de tejos, cada uno con un peso y diseño distintos, adaptados a sus necesidades y estilo de juego. Incluso ha mandado a fabricar algunos a su medida, buscando el balance perfecto entre comodidad y precisión.

Para ellos, Turmequé se ha transformado en un segundo hogar. En casa, el tejo forma parte de su rutina debido al trabajo de Ricardo, pero cada ocho días ella visita este negocio con la misma emoción de la primera vez. No solo lo hace para mantener la práctica, sino también porque lo ve como un espacio para compartir en pareja. “Es nuestro encuentro, nuestro momento absoluto”, dice Lili, haciendo énfasis en cómo este deporte ha representado algo mucho más significativo para ellos como pareja, fortaleciendo su vínculo.

Sin embargo, hay algo que para ella ha sido controversial a lo largo de los años: el papel de la mujer en el tejo. Lili creció viendo cómo los hombres de su familia jugaban, pero nunca imaginó que ella también podía hacerlo. Aunque históricamente este ha sido un espacio masculino, poco a poco las mujeres han comenzado a ganar su lugar en la cancha. Hoy, cada vez es más común verlas participando en los torneos, compitiendo de igual a igual con los hombres y demostrando que el tejo no entiende de género, solo de pasión por el juego.

Para Lili y Ricardo, cada visita a la cancha es más que una práctica: es una tradición que han construido juntos, una forma de reencontrarse fuera de la rutina diaria. El tejo les ha

dado un idioma propio, una complicidad que se ve reflejada en cada lanzamiento, en cada risa compartida y en cada beso de celebración tras una embocinada. Y no solo para ellos, sino para muchas otras parejas, amigos y familias que encuentran en este lugar, un espacio donde no existen las barreras de género, estrato o religión y se disfruta sin condición alguna.

Porque el tejo, más allá de la competencia que involucra cualquier otro deporte, es identidad y comunidad. Cada lanzamiento, cada tejo hecho a medida, cada mecha que estalla o cada embocinada que lleva a una victoria dejan claro que esta tradición sigue viva, une y es de todos y para todos. ^{DB}



Ricardo Casas con su tejo estrella.



El lugar ofrece varias canchas con sus medidas reglamentarias.



Este
lugar fue
inaugurado
en el 2007
y desde
entonces
acoge a los
amantes
del tejo

Ser del páramo



La localidad de Sumapaz es la única completamente rural de Bogotá. En ella, subiendo la montaña, sus 4.000 habitantes han construido sus vidas de formas muy distintas a las de la ciudad a la que pertenecen. El agua, el frío, la sensación de lejanía, la resistencia y el olvido hacen parte de esta tierra en la que personas de todas partes han encontrado su hogar.

Texto: Alejandro Ballén Lobo
a.ballenl@javeriana.edu.co

Fotos: Alejandra Moreno Zambrano
mariamorenosz@javeriana.edu.co

La respiración lenta de Ignacio parece formar una nube de humo cuando rompe con el aire frío que baja del páramo. Son las siete y media de la mañana en la última panadería que hay en la localidad de Usme antes de llegar a Sumapaz, veinte kilómetros más allá de donde muere la ciudad.

Afuera, uno de sus nietos espera la hora de irse para el colegio mientras juega con una gallina de cabeza despeinada. Ignacio sale de la cocina vestido con una pijama azul celeste, chanclas de hule y una gruesa ruana café que le llega hasta las rodillas; atraviesa las cuatro mesas plásticas del local y se sirve tinto de un termo. El hombre da lentos sorbos a su pocillo blanco de flores y observa el cuarto con unos ojos azules grisáceos, del color del cielo de esa mañana bogotana. Se mueve lentamente y el frío lo hace temblar, él no es de aquí.

Ignacio está de visita en la casa de uno de sus seis hijos, que es panadero de oficio y llegó a la zona de bajo páramo después de enamorarse de una usmeña. En la tienda venden dulces, productos de aseo básico, café, aguapanela, queso —bajado del páramo— y cigarrillos, que ese día se acabaron y cuya ausencia ha hecho que ya tres clientes abrigados hasta la nariz con sacos y bufandas entren, pregunten y den media vuelta. Ya hace mucho tiempo que Ignacio dejó el Tolima, su tierra, para irse a la capital.

“La guerrilla se estaba llevando a los muchachos al monte”, responde al preguntarle la razón. Afuera, en el borde de la carretera, un gallo impuntual empieza por fin a cantar.

Bogotá, a pesar de ser una ciudad densamente poblada en su perímetro urbano, tiene también áreas rurales en Suba, Ciudad Bolívar y Usme. Esta última limita con Sumapaz, la única localidad completamente rural de la ciudad, donde viven solo 4.000 personas. Cuando se sube, no solo cambia el clima, que se hace cada vez más frío al adentrarse en el páramo más grande del mundo, sino que lentamente empiezan a aparecer imágenes que serían imposibles en el centro de la ciudad: tractores adelantando a buses de servicio público, vacas en los semáforos y motociclistas que abandonan el impermeable y optan por la ruana. También eligen esta prenda muchos de los niños que salen a esperar sus rutas, enormes buses blancos que llevarán montaña arriba a los más cercanos a la ciudad y montaña abajo a los de las zonas alejadas. Esa mañana serán más de una docena las rutas parqueadas frente al colegio distrital El Destino.

Al acercarse a Sumapaz las casas van separándose cada vez más entre sí. Un cartel de madera que va de un lado al otro de la vía, a



El 60 % de la vegetación del páramo no crece en ningún otro ecosistema



Las hojas muertas de los frailejones caen en su tallo para protegerlos del clima.



La localidad de Sumapaz tiene una población de 4.000 habitantes

En el puesto de control los militares se alternan para preguntarles a los ocupantes de los vehículos el lugar a donde van.

unos 10 metros sobre el suelo, anuncia a los visitantes su llegada. De ese punto en adelante las carreteras no vuelven a estar asfaltadas. En la localidad más extensa de Bogotá se puede manejar durante docenas de kilómetros y ver apenas dos o tres viejos camiones cargados con bultos de papa. El resto del paisaje lo adornan los cultivos de hortalizas, las vacas y los frailejones, esas plantas guardianas del agua que parecen estar usando un saco de lana para resguardarse del viento.

Tres soldados esperan en una carpa amarilla a los carros que deben detenerse en el retén, marcado por una soga a ras de suelo y un par de conos. Sobre la mesa de madera, cubierta con un mantel camuflado, tienen sus cascos, un par de tazas metálicas para café y la planilla en la que anotan los datos de los vehículos y de los pasajeros. Alrededor rondan cuatro perros que, a veces, se acuestan sobre la tierra junto a las botas de los militares.

La seguridad fue reforzada después de que en septiembre del año pasado disidentes de Segunda Marquetalia detuvieran y escribieran mensajes en una camioneta de servicio público

y un bus de Cootransfusa, la única empresa que presta servicio de transporte público en la localidad. Durante unos días todos los medios se interesaron por Sumapaz, pero dejaron de hacerlo cuando pareció volver la calma.

El Ejército llegó de forma permanente al páramo en el 2001, donde estableció el Batallón de Alta Montaña en el alto de las Águilas, un punto que las FARC usaron como asentamiento en los años noventa. No fue una retoma tranquila, las operaciones “Aniquilador I”, “Aniquilador II” y “Tormenta del Páramo”, lideradas por el gobierno de Andrés Pastrana, movilizaron a 4.000 soldados.

Miembros del batallón montan enérgicamente una docena de carpas cerca al centro poblado de Nazareth, en la ladera de una montaña. Sin embargo, no hay nada especial, apenas un límite hecho con estacas de madera enterradas en el suelo y 50 chulos rondando el cadáver de una vaca en la parte baja de la colina.

La razón por la que Sumapaz fue un territorio deseado por todos los actores armados a finales del siglo pasado y principios de este es su ubicación. Hacia el oriente se puede bajar la cordillera para llegar a los llanos; hacia el occidente conecta con Tolima y Huila; y quienes continúan hacia el sur pueden llegar al Caquetá, otra zona históricamente protagonista en el conflicto colombiano.

En marzo del 2024 la población campesina de la localidad de Sumapaz fue declarada sujeto de reparación colectiva. La Unidad para las Víctimas reconoció la responsabilidad del Estado al dejar abandonada la región y a los sumapaceños en medio de un fuego cruzado en el que sufrieron amenazas, asesinatos, estigmatización, secuestros, torturas, detenciones arbitrarias y desapariciones forzadas.

“Hoy hemos venido a saldar una deuda histórica con la comunidad, porque durante muchos años Sumapaz ha soportado el peso de los juicios injustos y de los prejuicios infundados”, dijo la directora de la Unidad, Patricia Tobón, durante el evento en que se comunicó esta decisión a más de 150 campesinos.

Hoy en día muchos de los muros de la localidad cargan en coloridos grafitis consignas de





paz, resistencia y memoria de un conflicto que se siente lejano para muchos de los otros bogotanos, los de la urbe.

Cuando Edna Acuña decidió hace trece años que quería ser profesora en Sumapaz, los otros 300 docentes presentes se pusieron de pie para aplaudirle. Había estado trabajando toda su vida en zonas de conflicto y, cuando consiguió el cargo como profesora en Bogotá, escogió el colegio más alejado posible.

“Todo el mundo me aplaudió porque era como quitarles un peso a los demás maestros”, explica en medio de un salón en el que no paran de entrar y salir estudiantes. “Me vine y aquí lo único que me dio duro fue el frío”, añade.

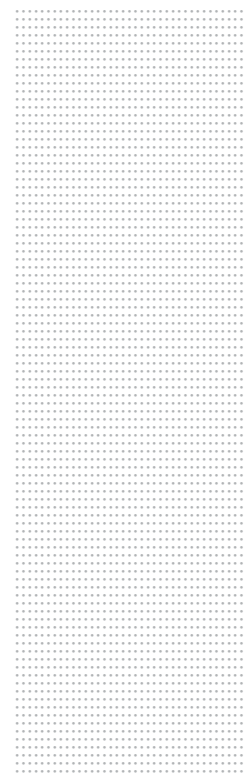
Edna viste una camisa verde y una chaqueta *beige*. Sobre su cabeza reposan unas gafas de marco plástico que se oscurecen con el sol. Habla con tanta suavidad como contundencia. Trabaja en la sede Adelina Gutiérrez Palacios, del colegio Jaime Garzón. El nombre no es gratuito, Garzón fue alcalde local de Sumapaz en 1988. Su recuerdo sobrevive aún en murales y anécdotas de voz a voz, como la que dice que a la pregunta del entonces alcalde mayor An-

drés Pastrana por burdeles en la zona, él respondió: “Después de una inspección visual, informo que aquí las únicas putas son las Farc”. El colegio está en el corregimiento de Betania, de apenas dos calles de largo. Los cursos, que van hasta noveno, no pasan de diez alumnos.

Cuando la profesora llegó a Sumapaz ya empezaba a hablarse de la zona de reserva campesina, un tipo de categorización territorial especial. Los últimos días de 2022 se hizo realidad, convirtiéndose en la primera de su tipo constituida en Colombia. Esta idea nació en San Juan, uno de los corregimientos de la localidad, parte de la cuenca del río Sumapaz, que desemboca en el Magdalena. Esta zona fue la que sufrió con más fuerza la estigmatización en la época de la violencia. La cuenca del río Blanco, donde se encuentra Betania, desemboca en el Meta y es históricamente liberal. Los habitantes de esta zona no se vincularon con tanta fuerza al proceso de la reserva, por lo que una gran parte del territorio se quedó por fuera.

El ordenamiento territorial marca la vida de los campesinos en Sumapaz. La denominación de páramo, por ejemplo, delimita cier-

El límite con la localidad de Usme está marcado por un aviso en la carretera.



Edna junto al espacio que planean utilizar como vivero.



A finales del siglo pasado y principios de este, Sumapaz fue asediado por los grupos armados

tos espacios como zona de reserva donde no pueden llevarse a cabo actividades agrícolas. El problema es cuando los terrenos ya están habitados desde antes.

“¿Qué va a pasar con los que ya están ahí y que no tienen el interés de dejar de ser campesinos en el lugar en el que están?, ¿cómo entras tú a negociar aquí?, ¿cómo logras que no haya una afectación hacia esas personas que tienen una cultura y un arraigo?”, pregunta Edna acercando sus manos al pecho. En el colegio muchos de los proyectos giran alrededor de estos temas. Atrás del salón, un grupo de obreros trabaja montando un domo blanco que se usará para guardar semillas. En la pared del primer pasillo está colgado un cartel con los derechos del campesino.

Los niños no dejan de entrar y salir. Golpean la puerta metálica antes de seguir o llegan corriendo y luego piden perdón al vernos conversar. Sobre la base de la sudadera azul del uniforme agregan lo que necesiten: botas pantaneras para la humedad, ruanas y gorros para el frío. Vienen de muchos sitios. A ese trozo de montaña también han llegado niños de Venezuela y el Cauca.

“Tengo que sacarlos del aula, para ellos la abstracción es muy difícil. Son cuerpos muy concretos. El aprendizaje del campesino es muy corporal. Es muy de la piel, muy del

olor, muy del sabor”, explica Edna sobre sus estudiantes.

La estigmatización al campesinado es una realidad en Colombia. Muchos de sus saberes parecen destinados a perderse enterrados por el prejuicio. Los mismos habitantes de la localidad construyen sus sueños y los de sus hijos lejos de la tierra. “El papá campesino piensa que ha sufrido mucho, entonces no quiere que ninguno de sus hijos sea campesino y que nadie se quede”, comenta Edna. Eso, sumado a la incapacidad de los profesores para desligarse de los estándares impuestos desde una lejana Bogotá urbana, que parece desconocer las singularidades de su territorio, ha hecho que muchos de los estudiantes caigan en un limbo: un origen rural en el que despiertan cada mañana, pero una educación que los juzga injustamente e impone los mismos sueños que a los nacidos en la ciudad.

—¿Cómo son estos niños? —pregunto a la profesora.

—A mí me encantaría que ellos fueran más tierra.

En la alcaldía local de Sumapaz no hay nadie, pero Marlene y Yenny no pueden descuidar sus plantas. Son las únicas funcionarias en el lugar, una vivienda colonial que antaño fue la hacien-

da de un gran terrateniente y ahora es la sede administrativa de la localidad. Además de ellas, el lugar está lleno de obreros de overol rojo, que trabajan detrás de una polisombra verde en la obra que tiene a los trabajadores de la Alcaldía cumpliendo sus funciones remotamente. Ya entregaron una parte del proyecto: una cancha sintética de fútbol. El próximo sábado habrá un torneo de inauguración que ya tiene 32 equipos inscritos. A la una de la tarde los obreros que no hayan llevado almuerzo pararán de trabajar e irán en procesión a De Prestigio, el único restaurante en kilómetros. Ese día, por \$14.000, comerán pasta, arroz, perrito de pollo, patacón, ensalada y jugo de guayaba.

Yenny tiene las rodillas en el piso. Cuida la huerta. Viste botas pantaneras, gorra beige y un buzo de *Escandalosos*, una serie de Cartoon Network. Habla poco y cuando lo hace esquiva la mirada. Con sus gestos parece darle la palabra a Marlen, una mujer algo mayor, de mejillas rojas, que está sacando pequeños brotes verdes de celdas llenas de tierra y guardando cada uno en una bolsa negra plástica. Ese es su trabajo, cultivan hortalizas y plantas nativas desde que son brotes de un centímetro de alto hasta que están listos para ser trasplantados. Ambos tipos de plantas se las dan a la comunidad: la flora nativa, para hacer labores de reforestación, y las de consumo —lechuga,

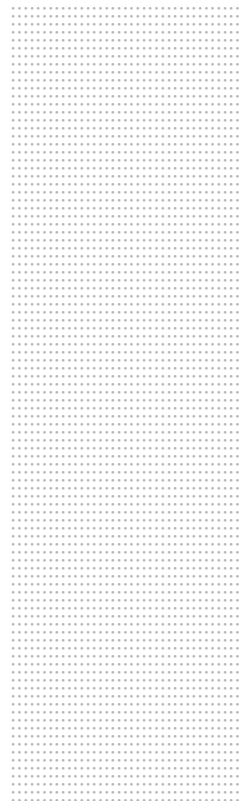


apio, cilantro y remolacha—, para que puedan incluirlas en su dieta.

Cultivar en el subpáramo es una tarea de cuidado. Solo cuando las plantas están lo suficientemente grandes pueden ser expuestas directamente al frío y al viento, por lo que las resguardan en invernaderos, protegidas con telas y plásticos. Cuando están listas, las llevan a la zona de “rustificación”, donde estarán expuestas por primera vez a las inclemencias de un clima que trae lluvias torrenciales en invierno y heladas en verano.

También crían conejos, cada día menos consumidos, pero perfectos para la zona por su grueso pelaje. Junto a las jaulas hay un car-

Yenny trabaja en la huerta de la Alcaldía, que está demarcada con carteles que ilustran sobre las plantas que cultivan.



Marlene traslada las plantas del germinador a un espacio más amplio donde continuarán su crecimiento.

En Sumapaz hay muchos monumentos en conmemoración de la identidad campesina.



Sumapaz es la localidad número 20 de Bogotá

Los campesinos arrean el ganado para llevarlo de una finca a otra por las carreteras de la localidad.



tel con un par de conejos vestidos de ruana y sombrero que dice: “No le haga conejo a la carne de conejo”. Sin embargo, los animales que prevalecen en las fincas son las gallinas y las vacas lecheras.

Nazareth, el centro poblado más grande de Sumapaz, tiene tres calles de ancho y tres de largo; un par de tiendas de suplementos agrícolas, un billar, una cancha de microfútbol, un puesto de salud, un restaurante, una biblioteca ambulante, un contenedor adaptado como sede del Instituto de Recreación y Deporte, una capilla y una panadería con dos mesas plásticas verdes y media docena de sillas Rimax.

No hay estación de policía, los sumapaceños se han negado por años a su llegada. En una carta del 2007, dirigida al alcalde de Bogotá Luis Eduardo Garzón, los presidentes del Sindicato de Trabajadores Rurales de Sumapaz y de la Asociación de Juntas Comunales decían que “instalar puestos de Policía en la localidad [...] traerá más problemas que soluciones”. Su argumento se justificaba en la violencia ejercida por la fuerza pública en el pasado y destacaban los distintos mecanismos de solución de conflictos creados entre la comunidad.

Varias docenas de perros salen de la parte de atrás de las casas o de los pastizales y recorren el sitio a sus anchas. Se escuchan sus pisadas y ladridos ocasionales, así como el canto de las aves y un suave susurro del viento. No hay gatos, tampoco hay mucha gente. Las dos o tres personas que cruzan cerca del parque lo hacen caminando con un paso ligero. Dos cajas de cerveza junto a una banca del parque son la huella de un movimiento que ya no está.

También hay una sede del Programa Especial de Admisión y Movilidad Académica (PEAMA) de la Universidad Nacional. Es la única opción que hay en Sumapaz para los jóvenes que quieren entrar a la educación superior sin tener que irse a la ciudad. Para ingresar deben haberse graduado de un colegio rural y presentar una prueba de admisión, que es la misma



que para las demás sedes, pero con puntajes mínimos más bajos. Iván, tutor del programa, explica que los estudiantes cursan tres o cuatro semestres para luego irse a Bogotá a terminar la carrera. Todos los días, diferentes profesores hacen el viaje desde la ciudad para dictar las clases. Han logrado un impacto en la comunidad, ya que todos los proyectos están pensados para que apliquen sus conocimientos en necesidades de la zona.

Iván, cuya enorme sonrisa permanece en su rostro al hablar, está acompañando los proyectos de final de semestre. No sabe qué sucederá el próximo. El cambio en la Rectoría de la Universidad y en la Administración Distrital hizo que no se programaran admisiones al PEAMA. Ante la incertidumbre, Iván deja las palabras en el aire.

“Los muchachos esperarán seis meses. Después...”, dice con incertidumbre.

Viernes, ocho de la mañana. La neblina es tan densa que no deja ver la otra orilla de la laguna de Chisacá. La ruana me protege el pecho, pero las mejillas y los dedos empiezan a entu-

mecerse después del segundo ventarrón. Una pareja de patos completamente negros nada cerca de la orilla produciendo pequeñas olas a su alrededor. El suelo cede al pisarlo, como una esponja llena de agua. Las plantas son pequeñas, su paleta de colores va del verde oscuro al marrón. Parecen recogerse a sí mismas para ocupar poco espacio, los brotes están compactos, las ramas de los arbustos crecen una pegada a la otra. Algunos frailejones altos cargan debajo de sus hojas el peso de una vida de décadas, otros más jóvenes apenas se levantan del piso. Un canto de ave proveniente de la montaña rompe ocasionalmente el cadencioso sonido del viento.

Ahí, en ese lugar que fue sagrado para los muiscas, nace el río Tunjuelo, que atraviesa la ciudad hasta desembocar en el río Bogotá. La niebla se hace más densa, los detalles de las montañas se pierden a los ojos, volviéndose una acuarela grisácea. Ni los ojos ni la lente de la cámara alcanzan a ver el final del agua y la montaña que, ante la incertidumbre, podrían ser infinitas. Huele a tierra mojada, a agua y a una mezcla de la esencia de las plantas. La vida se respira. ^{DB}



La papa es, con diferencia, el principal producto agrícola de la localidad





Salida del botadero de Doña Juana, ubicado en la localidad de Ciudad Bolívar, sitio de almacenamiento de residuos de la ciudad.

Historia agónica de un río

Texto y fotos: Ana Valentina Garavito Velandia
Ana-garavitov@javeriana.edu.co

El río Tunjuelo es vital para Bogotá. Su importancia se remonta a tiempos de los muisca, cuando permitía la agricultura, la pesca y las ceremonias. Después, abasteció el primer acueducto que tuvieron los bogotanos y, a pesar de su peso en las dinámicas urbanas, hoy en día enfrenta una grave crisis de contaminación.

El embalse de Chisacá, donde comienza el río Tunjuelo, está ubicado en el páramo de Sumapaz, en el extremo suroriental de Bogotá. Atraviesa la zona sur por Usme, donde se encuentra la Presa seca de Cantarrana, y continúa por Ciudad Bolívar, Tunjuelito y Kennedy. Finalmente, llega a la localidad de Bosa, entra a Soacha y desemboca en el río Bogotá, que a su vez es afluente del río Magdalena, el cual atraviesa gran parte de Colombia hasta llegar al mar Caribe.

El río Tunjuelo se forma a partir de la unión de otros tres ríos: el Chisacá, el Mugroso y el Curubital. Y, aunque algunas comunidades protegen su cuenca alta, al entrar en Bogotá el cuerpo de agua recibe residuos industriales, domésticos y lixiviados del relleno Doña Juana.

Sebastián Soza, trabajador y almacenista del Colegio Ofelia Uribe de Acosta, en Usme, dice que el río ha hecho parte de su hogar, pero que también ha tenido que padecer su contaminación y las inundaciones: “Durante muchos años he vivido en Usme, en el barrio La Esperanza, ubicado en las márgenes del río Tunjuelo. Este río se ha relacionado con problemas sociales, urbanos y ambientales, debido, en parte, a la alta densidad poblacional en sus alrededores. Eso ha contribuido significativamente a la contaminación y degradación de sus aguas”.

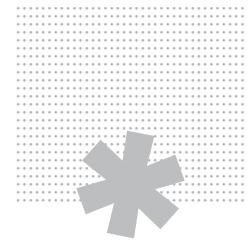
La mayoría de las personas que viven o cruzan a diario cerca del río Tunjuelo desconocen el origen y significado de su nombre. Por ejemplo María Clara, una mujer de 46 años que ha vivido con su familia en el barrio Villa del Río, cerca de la avenida Sur, por donde pasa el río, dice: “Siempre he visto pasar el río, pero no sé su historia, dónde termina, ni por qué se llama así”.

La palabra *tunjuelo* viene del vocablo muisca *tunjo*, que se refiere a una figura antropomorfa de oro, plata y cobre, que para la comunidad simbolizaba la protección de la naturaleza. La figura reflejaba una conexión espiritual y cultural desde los rituales y ceremonias en memoria de la vida y lo sagrado de tener este río. En las primeras referencias históricas, a finales del siglo XIX, y las que datan de finales de la década de 1940, se resalta la importancia de su cuenca alta y su potencial, al lograr

abastecerse en la ciudad. Sin embargo, esa historia hoy parece olvidada por los habitantes de la ciudad.

Su importancia se debe, en buena parte, a su extensión de 73 kilómetros que lo hacen el más largo de la ciudad. En 1930, sus aguas fueron esenciales para mejorar la infraestructura hidráulica de Bogotá; este río proporcionó un suministro confiable de agua potable a una población en crecimiento y contribuyó significativamente al desarrollo urbano de la ciudad. Así, ha sido parte esencial del ecosistema de la ciudad, por su abastecimiento, regulación y soporte cultural para las comunidades aledañas.

Desde la década de 1960, la Empresa de Acueducto y Alcantarillado de Bogotá (EAAB) reconoció en el sector de Cantarrana una zona hidráulica potencial para el control de inundaciones del río Tunjuelo. Con el objetivo de mitigar estos eventos, la EAAB construyó una infraestructura de retención y saneamiento ambiental (Iresa), un tipo de estructura diseñada para regular las crecientes y prevenir inundaciones y que actúa como un sistema de amortiguación, permitiendo que el agua se acumule temporalmente y luego se libere de manera controlada. Esto reduce el riesgo de desbordamientos y protege a las comunida-



El río Tunjuelo nace prístino en el páramo de Sumapaz

Presa seca de la zona rural de Cantarrana, en Usme. Infraestructura clave para la gestión del riesgo de inundaciones del río Tunjuelo.

des cercanas. En el caso de la Presa Seca de Cantarrana, esta infraestructura ha sido crucial para gestionar las aguas del río Tunjuelo y minimizar los impactos de las inundaciones en la región.

Una de las instituciones con más presencia en la lresa de la zona rural de Cantarrana en Usme es el Colegio Brazuelos, que ha trabajado en proyectos de concientización y ayuda comunitaria con la Secretaría de Ambiente para implementar y cuidar la presa. “Esta reserva de agua es muy importante para nosotros, pues muchas veces nos ha evitado inundaciones. El agua es cristalina o algunas veces verdosa, pero esto es por las rocas. Educamos a los estudiantes en su protección, pues vivirán también aquí”, menciona el rector, Esteban Montaño.

Bosa, donde el río Tunjuelo se une al río Bogotá.



Muchas de las personas que viven cerca del río Tunjuelo han trabajado incansablemente para cuidar esta zona. Gracias a la colaboración entre la Secretaría de Ambiente, la Alcaldía Local de Tunjuelito y la EAAB, se han puesto en marcha varios proyectos de descontaminación. Estos incluyen la construcción de plantas de tratamiento de aguas residuales, para evitar vertimientos contaminantes al río.

La Alcaldía de Bogotá, por ejemplo, ha liderado un proyecto para recuperar el río Tunjuelo mediante la creación de senderos peatonales y ciclorrutas. Este proyecto, conocido como Parque Lineal del Río Tunjuelo, busca mejorar la calidad de vida de los habitantes y promover la conciencia ambiental. Se han adecuado 17 kilómetros de senderos y ciclorrutas, además de incluir miradores y áreas verdes para el disfrute de la comunidad.

Sin embargo, la vida de este río se pierde cuando llega a la zona de mayor presencia de contaminantes. Su calidad comienza a degradarse notablemente al atravesar zonas urbanas e industriales. En particular, después de pasar por Ciudad Bolívar, donde se encuentra el relleno sanitario Doña Juana. Allí recibe grandes cantidades de lixiviados y residuos industriales, incluidos vertimientos de curtiembres y actividades mineras. Iveth Andrea Reyes, de la Secretaría de Ambiente, explica: “Antes de llegar a Usme Pueblo, la calidad del río empieza a disminuir debido a la actividad agropecuaria, por la potrerización para la crianza de animales o la disposición inadecuada de residuos porcícolas. Sin embargo, en ese punto todavía tiene una muy buena calidad hídrica, no recibe muchos aportes contaminantes. Pero cuando llega a las puertas del botadero de Doña Juana, ya recibe muchos vertimientos de origen doméstico”.

Como si no fuera suficiente, recibe todos los lixiviados del botadero, que con su gran cantidad de metales pesados y una alta carga química, degradan aún más el agua. Esto se puede comprobar a simple vista con el agua, que pasa de ser verde o amarilla, a tener un color rojizo y café. Incluso, el mismo cuerpo de agua empieza a degradar suelos, vegetales y ecosistemas riparios —aquellos en los que hay una

transición entre el medio acuático y terrestre— que tenga el río en su recorrido.

En los barrios cercanos al río —como Rincón de Venecia, Villa del Río y Nuevo Muzú—, los olores desagradables son cotidianos: si llueve mucho o si hace mucho sol, del caño emana un olor a carne y vegetación podrida. Esto también se debe al matadero de Guadalupe, que queda sobre el río, pues los carniceros constantemente vierten en el río restos de animales. También se ha normalizado que las personas usen el río como un basurero y viertan restos de construcción, muebles viejos o basura, quizá porque creen que el recorrido del agua puede desaparecer los desechos. Por esto es frecuente ver la acumulación de escombros, enseres y basura en general sobre varios tramos de su cauce.

Hacer del río un vertedero no solo trunca la posibilidad de que sea sustento para la vida humana, sino que también destruye la biodiversidad contenida en él. Daniel Velandia, habitante del barrio Villa del Río y docente del Colegio Ciudad Montes, afirma: “Muchas veces es insoportable hasta respirar. El olor nauseabundo de la carne podrida y la contaminación nos mata de a poco. Tengo que pasar por el matadero diariamente para ir a trabajar, y es terrible. Pero la gente lo normalizó. Ver las aguas rojas es normal; oler y vivir con la muerte es común aquí”.

Actualmente, el río Tunjuelo se despierta con sus aguas cafés y rojizas descendiendo por la montaña de Doña Juana; su cuerpo espeso y lleno de desechos atraviesa Bogotá, mientras en el camino sigue absorbiendo los putrefactos trozos de carne, telas viejas, químicos y lixiviados de comida descompuesta, para finalmente unirse al río Bogotá y continuar con la misma historia.

Tristemente, pasó de ser una fuente de agua vital para los muiscas a convertirse en un desagüe urbano. Es un espejo de nuestra relación con la naturaleza: una mezcla de aprovechamiento y descuido. Y, aunque algunos tratan de hacer consciencia de la importancia del agua para mitigar la contaminación y el desperdicio, el río agoniza ante la mirada de todos. ^{DB}



Recorrido de la presa seca. Actualmente, la Secretaría de Ambiente hace recorridos guiados y charlas informativas.

Abajo: Cuerpo de agua contaminado por residuos en Soacha.

CARICATURA

Por: Luna Manuela Badrán Rodríguez
badranlmanuela@javeriana.edu.co





Fotoensayo

Frailejón mayor (*Espeletia grandiflora*) de espaldas a la Laguna Chingaza.

Foto: Sophie Marie Claire

Echappé Palomino

so_echappe@javeriana.edu.co

@marieclairechappe



ISSN 1692-8121



9 771692 812004